

BOLSAEROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

**SORTEO
MORTAL.**

Jose
Clark Carrados



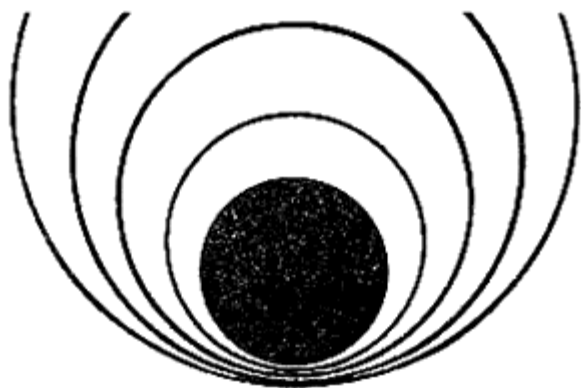
SORTEO MORTAL

CLARK CARRADOS



Colección PUNTO ROJO n.º 1.054
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.801. — No llores al muerto: ¡véngalo!

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.661. — Disparo de ida y vuelta.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.658. — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030. — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636. — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.050. — Corre, grita... ¡y muere!

En Colección COLORADO:

1.069. — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 19.031-1982

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: julio, 1982

2ª edición en América: enero, 1983

© Clark Carrados —1982 texto

© García —1982 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)

Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

LOS dos coches se detuvieron frente a la casa solitaria y sus conductores apagaron las luces. Luego, cinco o seis hombres se apearon, cruzaron un pequeño espacio ajardinado y se detuvieron ante la puerta.

El edificio era más bien modesto y de una sola planta. La puerta se abrió por sí sola, dejando a la vista un amplio salón, agradablemente decorado, pero sin lujos de ninguna clase.

Una voz sonó en alguna parte:

—Entren y acomódense, caballeros. Espero me disculpen por no servirles bebidas, pero ya podrán desahogarse en otro momento. El alcohol resultaría inconveniente en esta reunión, como comprenderán muy pronto.

Hubo gestos de extrañeza entre los recién llegados. Luego, el invisible sujeto continuó hablando:

—Aunque ustedes no me ven, yo sí puedo verles, merced a ese maravilloso invento que es la televisión. Les supongo lo bastante inteligentes para saber que dispongo de un circuito cerrado y, aunque si buscan un poco, podrán encontrar la cámara, no conseguirán, en cambio, localizar el lugar desde el que les estoy hablando. Si me han comprendido, levanten la mano, por favor, pero no hablen ni hagan comentarios.

Media docena de manos se levantaron en el acto. Luego, la voz volvió a reanudar su parlamento:

—Les he elegido a ustedes, porque son los mejores en la profesión. Debo decirles también, que conozco al dedillo sus vidas y milagros, y hasta detalles que les asombrarían si supieran que yo estoy al corriente de ellos. Incluso con pruebas que podrían enviarlos a la cárcel para un montón de años. Sin embargo, ustedes me interesan en libertad y dispuestos a obedecerme en todo cuanto les ordene. ¿Está claro? Para asentir, levanten la mano, sin más.

De nuevo se alzaron los brazos. Ninguno de los congregados comprendía gran cosa, pero todos presentían que el desconocido individuo que les hablaba estaba en posesión de la verdad, una verdad que podía costarles muy caro si se divulgaba.

—Voy a serles sincero —prosiguió la voz—. Quiero conseguir algunos negocios florecientes de la ciudad. Los dueños, naturalmente, no

querrán vender a ningún precio; nadie quiere vender una mina de oro, mientras el filón sigue produciendo. No obstante, hay una forma de conseguir esas ventas y se la voy a explicar inmediatamente. Por favor, uno de ustedes, que corra la cortina que hay en la pared situada justo frente a la entrada de la casa.

Un individuo se destacó. La cortina era negra y tenía algo más de un metro cuadrado de superficie. Los cordones estaban a la izquierda y, al tirar, dejó al descubierto una gran rueda, pintada en vivos colores, y sobre la que había algunas inscripciones en letras bien visibles.

—Si se fijan bien, verán que es una especie de rueda de la fortuna —prosiguió el desconocido—. Hay en ella algunos nombres, y cada uno tiene al lado el título del negocio que me interesa. El caballero que ha descorrido la cortina, hará, girar la rueda cuando yo se lo ordene y, al detenerse, quedará señalada la persona y el negocio que han de ser el primer ejemplo para los demás.

»Una vez conozcan ambos nombres, ustedes actuarán para realizar lo que bien podríamos llamar un escarmiento previo, a fin de que los restantes tomen nota y accedan a mis pretensiones de compra sin demasiados inconvenientes. Ahora bien, en el primer ejemplo, el negocio debe sufrir serios desperfectos y el dueño ha de morir. En un lugar lleno de público, donde, de repente, se declara un escándalo, surge una pelea y se organiza una enorme confusión, alguien dispara una pistola, un hombre muere y luego nadie sabe quién ha sido. Otra vez, levanten las manos si me comprenden.

Las manos se alzaron una vez más.

—Bien, el resto de los detalles de la acción queda a su arbitrio. Todos son hombres experimentados y sabrán cómo hacer las cosas, sin que luego hayan de pedirles responsabilidades. Ahí, encima de la mesa que está en el centro, verán seis sobres. Cada sobre contiene dos mil quinientos dólares, su salario por esta primera tarea. Si les necesitase de nuevo, volvería a convocarles, en otro lugar, por supuesto.

»Debo decir, aunque para ustedes ya es obvio, que no admitiré desfallecimientos ni menos traiciones. Imagínense lo que les puede ocurrir si no hacen lo que les ordeno. Pero si me son fieles, como así espero, hay mucho dinero a ganar. Para todos. ¿Comprendido?

Las manos se alzaron en esta ocasión sin necesidad de más indicaciones.

—Muy bien —dijo el desconocido—. Y ahora, amigo mío, usted, el que está al lado de la rueda, haga que dé vueltas y anuncie después en voz alta el nombre de la persona y su negocio, señalados por el indicador que hay en la parte superior.

La rueda empezó a girar velozmente, convirtiéndose en un torbellino polícromo. Cuando se paró, el hombre situado al lado, dijo:

—Bill Ashland, Club 77.

—Bien, caballeros, eso es todo. Ya conocen su objetivo. Tómense algo de tiempo para estudiar el terreno, pero no se demoren más de una semana. Caso de que haya otra reunión, no será aquí, desde luego. Buenas noches.

Volvió el silencio. Los seis sujetos, que todavía no habían salido de su asombro, se contemplaron mutuamente durante algunos momentos.

—¿Lo hacemos? —dijo uno de ellos.

—¿Tenemos otra salida?

Un hombre se acercó a la mesa, cogió un sobre y extrajo los billetes que había en el interior.

—Sí, dos mil quinientos «pavos» —sonrió.

—La paga es buena —observó otro.

—A Bill Ashland le ha tocado en primer lugar —dijo uno de los presentes—. El plan es bueno, aunque, a mi entender, tiene un pequeño fallo.

—¿Cuál, Travis?

—¿Quién ha de disparar?

Hubo un momento de silencio. Luego, otro de los reunidos cogió su sobre, sacó el dinero, se lo guardó en el bolsillo y, a continuación, empezó a rasgar el sobre, hasta obtener seis trozos cuadrados, de unos tres centímetros de lado y aproximadamente del mismo tamaño.

—Otro sorteo —dijo.

—La idea es excelente —aprobó Travis.

* * *

Binnie Callahan se levantó aquella mañana de bastante mal humor. Por la noche, había visto unos coches sospechosos en el edificio que había a una milla de distancia de su casa. Los coches habían llegado a un lugar que ella sabía deshabitado desde hacía mucho tiempo y, aunque era de noche, había usado los prismáticos que tenía para observar en lo posible los movimientos de una gente que se le antojaba sospechosa.

Al final no había ocurrido nada, pero se había puesto nerviosa y le costó bastante dormirse. Y luego, cuando estaba en lo mejor del sueño, un ruidoso petardeo había venido a despertarla, casi antes de que saliera el sol.

Tomó una taza de café, ya que no tenía apetito, y después de arreglarse someramente, salió de la casa. Sí, allí estaba el maldito tractor, a menos de trescientos pasos de distancia, rompiendo con el horrible sonido de su motor la idílica paz del campo.

Le pareció que era una especie de blasfemia. Un tractor, en un lugar

tan delicioso... De pronto, sin poder contenerse, echó a andar hacia el lugar donde un atareado tractorista estaba absorto en lo que parecía una labor de arado del campo.

Cuando llegó a las inmediaciones del ruidoso artefacto, levantó una mano, a la vez que lanzaba un poderoso grito:

—¡Eh, usted!

El tractorista no la oyó siquiera y continuó con su tarea. Binnie se dio cuenta de que todo el interés del sujeto estaba centrado en trazar los surcos con la mayor rectitud posible.

Volvió a gritar un par de veces más, pero, en vista de que no le oía, agarró un terrón como el puño y lo tiró con todas sus fuerzas.

El proyectil dio en uno de los lados del motor y se deshizo en numerosos fragmentos. Asombrado, el tractorista miró a todas partes y entonces fue cuando vio a la mujer que estaba en el borde del terreno en el que trabajaba.

Clive Tempton se percató de que ella agitaba los brazos frenéticamente, haciéndole señas que no podía entender. Parecía como si quisiera decirle algo de interés, por lo que cerró el encendido y el tractor se detuvo en el acto, cesando el estruendo al mismo tiempo.

—¿Qué quiere? —gritó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Binnie—. ¡Al fin ha cesado ese maldito ruido!

Tempton puso cara de asombro.

—¿Por qué quiere que no haga ruido? —preguntó.

—Me molesta —contestó ella.

—¿Ah, sí? No sabía que un honrado agricultor pudiera molestar a sus vecinos, labrando los campos en horas diurnas. Lo siento, señora, pero no tengo otro remedio que continuar.

—Oiga, ¿no podría ponerle, al menos, silenciador al motor de ese estruendoso cacharro?

Tempton se disponía a dar el contacto de nuevo y se volvió hacia la joven.

—Señora, el tractor funciona tal como salió de fábrica y no seré yo quien introduzca modificaciones que luego podrían causarme problemas. Además, por lo que sé, todos los tractores hacen ruido.

—Tendré que ponerme algodones en los oídos —se lamentó Binnie.

—No puedo remediarlo, señora. Los tractores son así, ¿qué le vamos a hacer? Además, ya es hora de que empiece usted a preparar el desayuno para el marido y los niños...

Binnie se sofocó.

—Soy soltera —contestó.

Tempton la contempló con cierto interés. Delante de él, a unos diez metros de distancia, había una joven de unos veinticinco años, alta,

delgada, quizá con unos kilos de menos, con pelo muy claro, bastante desaliñada y con unos desagradables lentes de cerco de oro. Era joven, sí, pero acabaría convirtiéndose en una amargada solterona.

Binnie, por su parte, vio a un hombre que parecía robusto y fornido, de rostro tostado, vestido con camisa a cuadros y pantalones de peto, y que se cubría la cabeza con un viejo sombrero de anchas alas. Parecía bastante atractivo, se dijo.

—Le presento mis disculpas —dijo él—. Me llamo Tempton, Clive Tempton. No sabía que fuésemos vecinos.

—Soy Binnie Callahan. Vivo en la casa que se ve desde allí. —La señaló con la mano—. Y no tengo a nadie conmigo, ni marido ni hijos...

«Y como no te arregles un poco más, no los tendrás en los días de tu vida», pensó Tempton.

—Celebro tenerla como vecina, señorita Callahan, pero no puedo suspender lo que estoy haciendo, sólo porque a usted la moleste el ruido. Por otra parte, será cuestión de un par de días y, ¡caramba!, no voy a pasarme las veinticuatro horas del día haciendo funcionar el tractor para terminar antes.

Ella extendió los brazos y luego los dejó caer a los costados, en señal de resignación.

—¡Qué le vamos a hacer! —exclamó—. Oiga, ¿qué piensa plantar ahí, en ese terreno?

—De momento sólo lo estoy arando, para remover las tierras y extirpar las malas hierbas. Más adelante, veré lo que más me conviene sembrar, aunque, desde luego, pienso plantar frutales también. Pronto tendré gallinas, patos y cerdos y hasta un par de vacas, en fin, lo que suele haber en una granja.

—Entonces, puede decirse que acaba de establecerse.

—Así es, aunque lo cierto es que había comprado los terrenos mucho antes. Sin embargo, hasta ahora no pude venir a trabajar aquí. Deberá considerarme vecino suyo, señorita Callahan.

—Sí, ya veo —contestó Binnie—. Bien, dispénsame, señor Tempton. La verdad es que esta mañana me sentía un poco nerviosa y el ruido del tractor me alteró bastante. No quise ofenderle, créame.

Tempton se tocó el ala del sombrero y sonrió. Binnie vio relucir los dientes, blanquísimos, en un rostro que parecía aún más oscuro al hallarse en la sombra causada por el ala del cubrecabezas.

—No ha tenido importancia —contestó—. Con su permiso...

Binnie se estremeció al oír de nuevo el petardeo del tractor. Tendría que acostumbrarse y, a fin de cuentas, Tempton estaba en su derecho al tratar de hacer productivas sus tierras. Dio media vuelta y regresó a su casa, preguntándose si se sentiría con ánimos para iniciar su propio trabajo, físicamente mucho más descansado que el de Tempton, pero, así

lo estimaba ella, mentalmente más agotador.

—En fin, veremos...

Cuando entró en la casa, se puso algodones en los oídos.

Capítulo II

—ESTÁS satisfecho, supongo —dijo Tempton la noche del sábado.

Había trabajado duramente toda la semana y había decidido tomarse un poco de diversión. Ahora estaba en el Club 77, junto a su dueño, un buen amigo, al que conocía de muchos años atrás. Bill Ashland, en efecto, se sentía satisfecho.

—El negocio marcha estupendamente —contestó—. Hoy, como puedes apreciar, el local está que estalla de gente, pero los demás días no hay muchos menos clientes, no te vayas a creer.

—El éxito, sin duda, tendrá alguna base, Bill —supuso Tempton.

—Claro. Buen trato, buenas bebidas, nada de porquerías líquidas o alcoholes teñidos, excelentes atracciones y, aunque no soy un mojigato, comprendo que hay gente a la que no le gusta, por lo que los espectáculos desnudistas están proscritos. Consecuencia, puede venir todo el mundo y... Ah, además, nada de drogas, de ninguna clase, ¿me entiendes?

—Se fuma mucha «hierba», Bill —alegó el joven.

—Lo sé, pero cuando encuentro algún cliente fumando «hierba», lo pongo de patitas en la calle. Muchos dicen que la «hierba» es inofensiva. Bien, fúmate media docena de cigarrillos y acabarás robando y asesinando para conseguir heroína.

—Sí, es cierto —dijo Tempton pensativamente.

—En cambio, tú te vas a dedicar a lo que — siempre te gustó — sonrió Ashland.

—En ello estoy, Bill. Detesto la vida de la ciudad, aunque no digo que no me agrade venir de cuando en cuando. Pero es hora ya de sentar la cabeza y de echar raíces en alguna parte, ¿no crees?

Ashland suspiró.

—La de cosas que podríamos contar, si nos diera por escribir un libro, ¿verdad?

—Mejor olvidarlo —contestó Tempton—. Tú también estabas cansado de aquel género de vida y decidiste abandonarlo. Aunque, claro, te gustaba más esta clase de negocios...

—Es muy productivo, Clive, y me gustan las multitudes.

—Sobre todo, las multitudes que vacían sus bolsillos en tu caja registradora —rió el joven.

—Les doy diversión y felicidad, a cambio de unas pocas monedas. Así es la vida, compadre.

Tempton paseó la vista por el local, de enormes dimensiones, atestado de gente. En el escenario, media docena de chicas, apenas vestidas, bailaban al compás de una alegre melodía, de ritmo muy vivo. La barra, de más de treinta metros de largo, estaba atestada de clientes. Las chicas del escenario terminaron su actuación y salió un humorista ventrílocuo.

De pronto, Tempton vio a alguien y se sintió muy sorprendido.

—Vaya, quién está aquí —exclamó.

Binnie llegaba en aquel momento, acompañada por un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, muy fornido, de rostro agradable, pero cuya expresión indicaba energía y dureza al mismo tiempo. Ella vestía un traje corto, bastante escotado, y aparecía muy bien peinada y arreglada. Su aspecto, se dijo Tempton, era completamente distinto del que ofrecía días antes, a las seis de la mañana.

Binnie le vio y se sorprendió también, saludándole al pasar con una ligera inclinación de cabeza. Tempton observó que no llevaba puestos los lentes con cerco de oro.

El hombre miró a Ashland con ojos fríos, duros. Ashland apretó los labios, pero no dijo nada.

Un camarero ofreció una mesa a los recién llegados. Ashland se volvió hacia su amigo.

—¿Conoces a la fulana? —preguntó.

—Sí, es mi vecina, pero no sé nada más de ella, excepto que le molesta el ruido de mi tractor —sonrió Tempton—. Sin embargo, me dijo que era soltera...

—No hace falta estar casada para acostarse con un hombre, y menos con el tipo que la acompaña —rezongó Ashland.

—¿Lo conoces?

—Sí. Es Ewin Kipple.

Pero Ashland no pudo decir más. En aquel momento, a muy corta distancia, estalló una violenta pelea.

* * *

Un cliente protestó a voz en cuello y un camarero que pasaba en aquel momento, con la bandeja en la mano, la vio arrebatada y todo su contenido volando ruidosamente por los aires. Luego, dos hombres empezaron a darse de puñetazos en aquel lugar.

—Eh, Bill, deberías poner orden —exclamó Tempton.

—No te preocupes, ya tengo quien se ocupa de ello. Suele pasar

todas las noches del sábado. La fiebre, ¿sabes? —sonrió Ashland.

Dos hombres fornidos corrieron a separar a los contendientes. Alguien alargó una pierna y uno de ellos cayó violentamente sobre una mesa, que destrozó con el peso de su cuerpo.

El otro se revolvió, justo a tiempo de recibir un silletazo en pleno rostro. Ashland frunció el ceño.

—Esto no me gusta —dijo.

Al mismo tiempo, dos peleas más estallaban en distintos puntos del local. Alguien arrojó una silla contra la estantería situada detrás del mostrador y varias botellas explotaron ruidosamente.

El griterío era ya ensordecedor. Las mujeres chillaban frenéticamente, mientras procuraban buscar refugio contra los proyectiles que volaban por todas partes. Alguien agarró una mesa y la tiró contra un sector intacto de la estantería. Había también un enorme espejo y saltó en pedazos al recibir el impacto de dos botellas.

Ashland maldijo entre dientes. Cerca de él, dos hombres peleaban ferozmente. Ashland se dispuso a separarlos. En el mismo instante, Tempton se dio cuenta de que aquello dos sujetos sólo fingían los golpes. ¿Por qué?, se preguntó.

Antes de que pudiera decir nada, Ashland estaba ya junto a los dos sujetos. De repente, uno de ellos sacó un revólver de cañón corto y, a quemarropa, disparó dos veces.

En el rostro de Ashland apareció instantáneamente una expresión de agonía. Tempton se sintió invadido por una terrible cólera y, sin poder contenerse, saltó hacia el hombre que había disparado.

El sujeto se disponía a escapar. Desafiando todo riesgo, Tempton lo alcanzó y, agarrándolo por el hombro con la mano izquierda, le obligó a volverse. Luego disparó el puño derecho.

El sujeto le miró durante una cortísima fracción de segundo. Tempton, por otra parte, actuó con cierta lentitud y el otro pudo esquivar en parte el golpe dirigido ferozmente a su mandíbula.

El rostro del hombre se ladeó, aunque no pudo evitar que los nudillos de Tempton le rasgaran el pómulos derecho, del que empezó a brotar la sangre inmediatamente. Pero en el mismo instante, Tempton sintió un lancinante dolor en el cráneo y notó que perdía las fuerzas con rapidez.

Alguien le había atacado por detrás, pensó, mientras se arrodillaba, incapaz de mantenerse en pie. Todo dio vueltas a su alrededor y, durante unos segundos, dejó de ver y oír.

Por fortuna, el desvanecimiento fue muy breve y recobró la consciencia en pocos momentos. Sin embargo, aún no podía incorporarse.

Con ojos desorbitados, contempló la casi total devastación que había

sufrido el local. Luego volvió la vista a un lado y sintió que se le encogía el corazón.

Gateó hasta su amigo y le tomó el pulso. Ashland no se movió. Tempton vio los dos agujeros en el pecho, con la ropa chamuscada por las llamaradas de los disparos y comprendió que ya no había nada que hacer en favor de su amigo.

En aquel momento, le habría gustado poder llorar. Pero lo único que pudo hacer fue crisar los puños y golpear coléricamente el suelo, impotente para devolver a la vida a uno de los hombres mejores que había conocido.

* * *

Estaba terminado de arreglarse, cuando oyó que llamaban a la puerta de la casa.

—¡Entre el que sea! —contestó.

La puerta se abrió. Una voz femenina dijo:

—¿Señor Tempton?

El joven terminó de ajustarse el nudo de la corbata negra. Agarró la chaqueta azul oscuro y salió del dormitorio.

Binnie estaba en la sala, vestida de la forma que era habitual en ella. La joven parecía muy afectada.

—Le ruego me disculpe por venir a molestarle —dijo—. Pero creo que tenía que hacerlo...

—No se preocupe —contestó él—. ¿Puedo servirla en algo?

—Usted me vio anteayer, el sábado, en el Club 77.

—Sí, es cierto. Estaba con el dueño, gran amigo mío. Supongo que sabe fue asesinado.

Binnie movió la cabeza afirmativamente.

—Fue algo horrible... Nunca me había visto mezclada en nada semejante... ¿Cómo podía suponer yo que un local tan respetable se transformase de repente en una jaula de energúmenos enloquecidos?

—A veces, pasa —repuso Tempton—. Pero los destrozos en el local y los daños materiales importan poco, en comparación con otras cosas mucho más graves.

—He leído los periódicos —manifestó ella—. Usted declaró que Ashland y usted eran grandes amigos.

—Así era, en efecto, a pesar de que Ashland me pasaba seis o siete años. Trabajamos juntos durante mucho tiempo y luego nos separamos, cada uno por su lado. El fundó el Club 77 y yo, al cabo de cierto tiempo, compré estas tierras. Nuestros gustos eran diferentes.

—Quisiera expresarle mis mejores sentimientos, señor Tempton —

dijo la joven—. Muchas veces, se pierde a un amigo y se lamenta más que si fuese un miembro de la propia familia. Me imagino lo que siente usted en estos momentos y deseo que sepa que yo también me siento muy afligida por lo que sucedió.

—Gracias, señorita Callahan.

—La verdad, tampoco a mí me gustan mucho las fiestas nocturnas, pero esta vez no pude eludir la invitación. Era mi editor, ¿comprende?

Tempton arqueó las cejas.

—Ah, entonces, es escritora...

—Poesía —dijo Binnie, muy encarnada.

—¡Caramba, nunca pude imaginar...! Y eso, ¿da dinero?

—No lo sé, señor Tempton.

—¿Cómo?

—Mi primer libro de poesías está aún por publicarse. Al señor Kipple le gustaron todos los poemas, desde luego; pero una cosa es que mi trabajo guste al editor y otra que guste al público. En fin, es cuestión de esperar un tiempo y saber si tengo porvenir en la poesía o debo volver a la escuela.

—¿A estudiar? Pero si ya ha pasado la edad...

—Soy profesora de literatura en un pequeño colegio secundario —contestó Binnie—. Pero dimití para dedicarme durante un año a escribir. Si no me abro paso, volveré a enseñar.

—Comprendo.

De pronto, Binnie metió la mano en uno de los bolsillos de su vestido y sacó un papel doblado, que entregó al joven.

—He compuesto un pequeño poema —dijo—. Léalo durante el entierro, como una especie de oración fúnebre en honor a su amigo.

Tempton se quedó estupefacto. Binnie forzó una sonrisa.

—Tengo que marcharme —añadió—. Repito mis condolencias, señor Tempton.

El joven reaccionó y la alcanzó cuando ya salía.

—Oiga, ¿por qué no viene al entierro y lo lee usted misma? —exclamó.

—¿Yo? Pero...

Binnie no pudo seguir. Un coche acababa de detenerse en aquel momento frente a la casa y su único ocupante se apeó rápidamente.

—Señor Tempton, soy Conroy, contable del señor Ashland —se presentó—. La señora Ashland me ha dado un encargo para usted.

—Muy bien, bable, señor Conroy.

El recién llegado miró a Binnie y vaciló. Tempton se dio cuenta de que Conroy no quería hablar en presencia de la muchacha. Ella también lo advirtió definitivamente.

—Léalo usted, señor Tempton —dijo, a la vez que echaba a correr.

Al cabo de unos segundos, Tempton se volvió hacia el recién llegado.

—¿Y bien, señor Conroy?

—La señora Ashland quiere que vaya a verla esta noche a su casa. Desea hablar confidencialmente con usted, pero no quiere que se sepa que la ha visitado. Vaya por la puerta trasera, hacia las diez de la noche. La puerta estará abierta.

—Parece que teme algo, ¿eh? —comentó Tempton.

El rostro de Conroy se mantuvo impasible.

—Ella se lo dirá —contestó—. Buenas tardes.

Tempton estuvo en la puerta de la casa hasta que el coche de Conroy se hubo perdido de vista. Luego entró para terminar de arreglarse.

Cuando salía, palpó el bolsillo donde tenía el poema que debía leer como oración fúnebre en honor de un amigo muerto.

Entornó los ojos. La cara del asesino no se borraría jamás de su mente. Además, tenía ya un dato de enorme valor para identificarlo.

En el pómulos derecho le había quedado una cicatriz que no podría borrarse jamás.

Capítulo III

TEMPTON se sintió atónito al ver a la señora Asland. Nunca se había imaginado poder contemplar a una mujer semejante. Rosemary Ashland tenía ya treinta años, pero era toda una belleza. Durante el entierro, sólo había visto a una mujer enlutada, con el rostro cubierto, agobiada por el dolor. Ahora, aunque ella seguía vistiendo de negro, tenía la cara y el cuello despejados y parecía haber recobrado la serenidad, aunque interiormente continuase sufriendo.

Ella le tendió una mano y sonrió ligeramente, a la vez que le indicaba un diván para sentarse.

—Nunca nos habíamos visto antes de ahora, ¿verdad? Resulta lamentable que tengamos que habernos conocido por un motivo tan triste, pero... El pobre Bill siempre decía que un día tenía que invitarle a cenar con nosotros, pero nunca encontraba el momento adecuado...

—Oh, no tiene importancia. Cuando un hombre tiene que ganarse la vida, lo primero es su trabajo. Lo único lamentable es que Bill ya no está con nosotros, y todo por la estúpida acción de un tipo que no supo contenerse cuando ya había bebido bastante.

—El asesino no estaba borracho, señor Tempton —declaró Rosemary sorprendentemente.

Tempton respingó.

—¿Cómo?

—Todo fue fría y deliberadamente premeditado —aseguró la viuda—. A Bill le habían hecho ya varias proposiciones de compra del negocio. Él se había negado siempre. ¿Para qué vender, si marcha tan bien?, decía. Y tenía toda la razón del mundo.

—De modo que querían comprarle el Club 77...

—Sí, y en la última ocasión, hubo algo más que ofrecimiento de dinero.

—¿Amenazas?

—Veladas, si usted quiere, pero que un hombre inteligente no podía dejar de percibir. Y Bill no era tonto precisamente, señor Tempton.

—No, no era tonto —convino el joven—. De modo que usted cree que los disparos fueron intencionados.

—Los disparos y el jaleo, que sirvió como pretexto para que un asesino pudiera usar su revólver sin riesgos.

Tempton entornó los ojos. Trató de rememorar lo sucedido. La pelea entre los dos clientes, la bandeja del camarero volando por los aires, los dos guardaespaldas que acudían corriendo para imponer paz y que fueron derribados, Ashland, que se decidía a intervenir personalmente y...

—Sí, creo que tiene razón —dijo al cabo—. Fue un asesinato fríamente premeditado y canallesamente ejecutado. Lo mataron porque no quería vender... ¿a quién, señora Ashland?

—Antes de contestar a su pregunta, quiero que usted me diga una cosa.

—Sí, señora.

—Usted y Bill fueron grandes amigos y se salvaron la vida recíprocamente en más de una ocasión. Ahora él está muerto y yo deseo que se castigue a los asesinos.

—Sólo disparó un hombre —puntualizó él.

—La mano que apretó el gatillo estaba dirigida por otro hombre.

—El mismo que quería comprar el local.

—Debo suponerlo así, aunque no tengo pruebas. Quiero que usted las encuentre y que envíe a ese hombre a la cárcel para toda su vida.

Tempton meditó unos instantes.

—Estoy retirado ya —dijo al cabo.

—Clive, permítame llamarle así, en nombre de la amistad que le unió a mi esposo, sé que le estoy pidiendo algo que puede resultar muy peligroso. Cuando me casé con Bill, yo tenía ahorrada cierta cantidad de dinero. El no quiso nunca que la invirtiese en el negocio; decía que debíamos guardarlo, para un apuro insoslayable o para una ocasión que mereciera verdaderamente la pena. Bien, ha llegado la ocasión. Gaste todo lo que sea necesario, pero consiga las pruebas y envíe a ese hombre a la cárcel para siempre.

Tempton se pellizcó el labio inferior.

¿Podía negarse a lo que le pedía Rosemary?

¿No le debía algo a un amigo muerto?

Al cabo de unos momentos, dijo:

—Supongo que usted y Bill habrían comentado el tema en más de una ocasión.

—Por supuesto, y si quiere que le dé el nombre del tipo de quien sospecho, lo haré ahora mismo. Se llama Ewin N. Kipple.

Tempton se quedó atónito.

—¡Ha dicho Kipple! —exclamó.

—¿Lo conoce?

—No, pero lo he oído mencionar a otra persona... Bien, esto no tiene ahora mucha importancia. Señora Ashland...

—Rosemary, se lo ruego, Clive.

—Bien, muchas gracias, Rosemary. Por favor, cuénteme todo lo que sepa de este asunto.

Media hora más tarde, Tempton se dispuso a salir de casa. Cuando tenía la mano en el pomo, ella le hizo una observación:

—Clive, leyó usted en el entierro una hermosa poesía. Conozco algo de literatura, pero no puedo precisar quién es el autor.

Tempton sonrió.

—La compuso alguien precisamente para la ocasión —contestó.

—¿Conoce al autor?

—Claro.

—Déle las gracias en mi nombre, Clive.

—Así lo haré, Rosemary. Buenas noches.

Tempton abrió la puerta y escrutó la oscuridad. Cruzó el umbral y se dispuso a atravesar la parte posterior del jardín, para volver a su coche estacionado a cierta distancia de la casa. Después de lo que había oído, las precauciones aconsejadas por Rosemary le parecían enteramente lógicas.

Avanzó unos cuantos pasos. De repente, oyó ruido de cristales rotos.

* * *

Un oscuro instinto, basado en la experiencia personal y dormido hasta entonces, le hizo volver sobre sus pasos. Sin embargo, en lugar de intentar entrar por la misma puerta, que supuso cerrada con llave, dio la vuelta a la casa, para averiguar qué sucedía.

En aquel momento, el policía de la ronda nocturna cruzaba el jardín, alarmado igualmente por el ruido. La puerta de la casa se abrió y un hombre apareció en el umbral.

—¿Suced algo, señor? —preguntó el policía.

—Nada de particular, agente —contestó el hombre—. Un amigo ha tropezado en una silla y, al caer, ha roto el cristal con un brazo. Estamos haciendo compañía a la señora Asland. Usted ya sabe lo que le ocurrió a su esposo...

—Sí, desde luego. ¡Pobre señora! El señor Ashland era todo un caballero. Bien, señor, buenas noches y déle el pésame en mi nombre a la señora Ashland.

—Desde luego. Gracias, agente.

La puerta de la casa se cerró. El policía se marchó.

Tempton dio un par de pasos. Entonces, tropezó con algo duro y pesado.

Inclinándose, recogió del suelo un gran cenicero de bronce. Era un

objeto que desentonaba en un jardín.

Le ventana del cristal roto estaba cubierta por unas espesas cortinas. Tempton se acercó y aplicó el oído.

—Si no quiere fumar, retuércelo el brazo —dijo alguien ominosamente.

Tempton hizo saltar el cenicero un par de veces en la mano. Ahora comprendía por qué estaba en el suelo del jardín.

Rosemary lo había lanzado por la ventana, para llamar la atención.

Dobló la esquina y llegó a la puerta. Abrió muy despacio. La voz de Rosemary sonó con trémolos de dolor.

—No, no... Por favor, basta...

Tempton apretó los labios. Empujó un poco más y entonces vio a Rosemary, sentada ante una mesa, con el brazo izquierdo a la espalda, sujeto por las manos de un individuo vuelto de espaldas a la entrada. De este modo, la mujer tenía libre la mano derecha para firmar los documentos que había sobre la mesa.

El otro sujeto, el que había hablado con el guardia, estaba a la derecha de Rosemary, tendiéndole la pluma para que firmase. Tempton se imaginó sobradamente el contenido de los documentos.

—No firme nada, Rosemary —dijo.

La sorpresa de los dos hombres fue total. El que tenía la pluma se volvió, justo a tiempo de recibir el cenicero en pleno rostro. Gritó ahogadamente, manoteó un poco y cayó de espaldas.

El otro soltó a Rosemary y se revolvió furiosamente, a la vez que sacaba una pistola. Tempton le asestó un terrible puntapié en la mano y el arma saltó por los aires. Luego lanzó un izquierdazo al estómago y el sujeto se dobló sobre sí mismo, con el rostro contorsionado por el dolor.

Entonces, Tempton se dispuso a descargar el golpe de gracia con la derecha, pero en el mismo instante vio que el otro sujeto se apoderaba de la pistola caída en el suelo. Ya no tenía tiempo de alcanzar la mano armada, por lo que decidió actuar a la desesperada y se abrazó al otro individuo, colocándolo como escudo en el preciso instante en que salía el tiro.

Se oyó un alarido desgarrador. El autor del disparo se desconcertó unos instantes. Tempton empujó con todas sus fuerzas y le lanzó encima el cuerpo ya desfalleciente de su compinche. Luego dio un par de saltos y pateó despiadadamente la mano que sostenía la pistola.

El hombre gimió y se quedó quieto, aunque consciente.

Su compañero yacía inmóvil a un lado, con la boca llena de sangre.

Tempton apartó la pistola a un lado con el pie. Luego se volvió hacia la dueña de la casa.

—Rosemary, el disparo habrá sido oído y la policía llegará muy pronto. Dígales que estos sujetos entraron a robar, aunque engañaron al

policía de ronda diciéndole que la estaban haciendo compañía.

Ella asintió, todavía muy pálida.

—Sí, Clive...

Tempton saltó hacia la mesa, agarró los documentos y, después de doblarlos, los hizo desaparecer en uno de los bolsillos de su traje.

—Usted tiró el cenicero contra la ventana, para llamar mi atención, ¿verdad?

—En efecto. Cuando volví a la sala, ellos estaban ya aquí y me di cuenta de que no tendría tiempo de avisarle. Usted, por otra parte, no podía estar muy lejos, así que agarré el cenicero y...

—Basta, no siga. Rosemary, esos dos entraron a robar y yo traté de defenderla. Hubo pelea y uno de ellos disparó contra mí, pero su compañero se puso delante, para continuar pegándome, y entonces, recibió el balazo.

—Descuide, así lo diré —aseguró Rosemary.

Tempton contempló los dos cuerpos caídos en el suelo.

—Iban rápidos, desde luego —comentó—. Pero a uno de ellos, la rapidez sólo le ha servido para llegar antes a la tumba.

Contempló unos instantes los rostros de ambos hampones. Ninguno de ellos era el que había matado a Ashland.

En aquel instante, llamaron a la puerta.

—¡Policía! ¡Abran, abran...!

Tempton miró a la mujer.

Rosemary asintió.

—Descuide —repuso a media voz.

Tempton abrió la puerta. Un policía apareció en el umbral y el joven dijo:

—Agente, dos hombres entraron a robar a la señora Ashland. Uno de ellos parece muerto...

Capítulo IV

—**P**ARA ser un granjero, vive usted una existencia sumamente agitada —observó Binnie al día siguiente, por la tarde.

Tempton estaba lavándose las manos en el grifo que había fuera de la casa.

—Sin duda, lo dice usted por lo que sucedió anoche en casa de la señora Ashland.

—En efecto. Usted estaba presente...

—Ya sabe que Bill Ashland era un gran amigo mío, por no decir el mejor. Creo que resulta enteramente natural que quisiera hablar un poco con la viuda, sobre todo teniendo en cuenta que no pude decirle nada en el cementerio.

—Y entonces fue cuando les sorprendieron los ladrones.

—Bueno, no fue así exactamente. Yo me había marchado ya y ellos entraron por la otra puerta. Rosemary Ashland arrojó un cenicero contra la ventana, el cristal se rompió.

—Y usted oyó el ruido y se convirtió en el Séptimo de Caballería de un solo jinete.

—A pie, además —puntualizó él, también de buen humor. Se secó las manos en una toalla que pendía de un gancho y movió la cabeza—. ¿Le apetece una taza de café?

—Muchas gracias. Acepto encantada.

Entraron en la casa y fueron a la cocina. Tempton trasteó unos momentos. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Así que maestra y poetisa —sonrió—. ¿Cuál de las dos profesiones la satisface más?

—Aquella en que tenga más éxito. ¿No le parece?

—Está bien pensado, aunque no siempre el éxito va aparejado con el dinero.

—Si tuviese éxito, cobraría fama. Entonces podría dar conferencias, clases sobre literatura, en especial poesía... Una actividad muy agradable y no necesariamente sujeta a un horario fijo. Por otra parte, estoy trazando el esquema de un libro en prosa.

—¿Novela?

—Sí, aunque dedico más horas a la poesía. Si escribo la novela, pasarán quizá años antes de que esté lista para ser sometida a crítica por

el gabinete de lectura de algún agente literario.

—¿Y si pasa el año y no ha tenido éxito en la poesía?

—Volveré a la escuela y seguiré escribiendo en las horas libres. Lo tengo bien calculado; sin derrochar, pero tampoco sin pasar necesidades ni estrecheces, puedo sobrevivir un año. Año y medio, si fuese necesario y apretando el cinturón un par de puntos. Pero me he trazado la meta de un año y no la rebasaré.

—Sinceramente, le deseo toda clase de éxitos, señorita Callahan.

Tempton retiró la cafetera del fuego y llenó dos pocillos. Binnie tomó un par de sorbos de café y luego le miró de frente.

—Y usted, ¿piensa establecerse aquí definitivamente? —inquirió.

—Habrá de ocurrir cosas muy graves para que renunciase a mis propósitos. Sí, me quedaré aquí. Es más, en cuanto pueda, compraré los terrenos adyacentes, precisamente los que ocupa usted.

—No sabía que estuviesen a la venta...

—El dueño no se interesa por la propiedad y apenas mantiene en pie la casa, como habrá podido observar. Ha invertido aquí mucho dinero y necesito el que me queda para sobrevivir; de lo contrario, esas tierras ya serían también mías.

—Ojalá lo consiga algún día, señor Tempton. Se lo deseo con toda sinceridad.

—Debo corresponder —sonrió el joven—. Yo también deseo que alcance gloria, fama y dinero como poetisa. A propósito, a la señora Ashland le gustó mucho la oración fúnebre que compuso usted. Me dijo que le expresara su gratitud...

Tempton se interrumpió súbitamente. Binnie le miró extrañada, dándose cuenta de que el joven tenía la vista fija en la ventana que había al fondo de la cocina. Intrigada, volvió la cabeza y entonces divisó un largo coche negro que acababa de detenerse en las inmediaciones de la casa.

* * *

Binnie se sobresaltó instintivamente.

—¿Quiénes son éstos? —exclamó

Tempton extendió un brazo.

—No haga ruido —dijo a media voz—. Parece que tengo Visitantes y que no vienen precisamente en plan amistoso.

Tres hombres acababan de desembarcar del coche. Uno de ellos señaló el tractor estacionado a poca distancia y otro se encaminó hacia la máquina. Los dos restantes se dirigieron hacia la casa.

—Seguramente, opondrá resistencia —dijo uno de los que se

acercaban a la casa.

—No te preocupes, Vigg. Yo tengo algo que acaba muy pronto con las resistencias estériles —contestó el otro, a la vez que se golpeaba el lado izquierdo de la chaqueta con aire fanfarrón.

De pronto, se volvió hacia su acompañante.

—¿Y la gasolina? —exclamó.

—Maldita sea... —El llamado Vigg se golpeó la frente con una mano—. Ahora la traigo, Jack.

Binnie se sintió aterrada. La ventana de la cocina estaba abierta y las voces de los dos sujetos habían llegado con toda claridad hasta sus tímpanos. Aquellos sujetos habían venido para pegar fuego a la casa, aunque no se sentía capaz de comprender los motivos que les impulsaban a cometer una acción semejante.

De pronto vio a Tempton abrir una alacena, de la que extrajo un rifle Winchester. Binnie creyó que el corazón se le detenía dentro del pecho.

Tempton cargó el arma, con un seco movimiento de la palanca. Luego se dirigió hacia la puerta.

—No se mueva —murmuró, por encima el hombro.

Ella le vio desaparecer y, a pesar del miedo que tenía, corrió hacia la puerta de la cocina, asomándose un poco, para ver lo que sucedía. El joven llegó a la otra puerta, justo en el momento en que alguien la abría desde el exterior.

—¡Tempton! —llamó el recién llegado—. ¿Dónde está usted?

El joven no contestó. Binnie le vio oculto tras la puerta, mientras el recién llegado avanzaba un par de pasos, ya con la pistola en la mano.

Súbitamente, Tempton movió el cañón del rifle y golpeó al intruso en la base del cuello. El hombre se desplomó sin lanzar un solo grito. Tempton pateó la pistola y la envió al otro lado de la sala. Luego, con una mano, agarró al caído por un brazo y lo arrastró fuera de la entrada.

Vigg llegaba en aquel momento, con dos latas de gasolina en ambas manos. Cruzó el umbral y gritó:

—¡Eh, Jack Hendly, ya estoy aquí! ¿Qué ha dicho Tempton?

—¿Quieres saberlo, Vigg? —preguntó el joven, a la vez que ponía el cañón del rifle bajo la nariz del otro individuo.

Los ojos de Vigg se cruzaron en un agónico bizqueo. De pronto, Tempton movió el rifle, ahora con la culata dirigida al plexo solar del sujeto. Vigg lanzó una especie de eructo y se desplomó al suelo, encogido sobre sí mismo y con las manos en el estómago.

En el mismo instante, se oyó el estruendo del tractor, que acababa de ser puesto en marcha. Tempton saltó por encima de Vigg y se asomó a la puerta. El tercer sujeto se dirigía con el tractor directamente hacia un granero de paredes de madera, evidentemente con la intención de hundirlo y, al mismo tiempo, de dañar gravemente a la máquina.

Tempton no se anduvo con rodeos. Tomó puntería y apretó el gatillo. El sombrero del improvisado tractorista voló por los aires y su dueño lanzó un chillido de pánico.

Sonó otro disparo. El hampón paró el motor y levantó las manos en el acto.

—¡No tire! ¡Me rindo! —gritó.

Tempton movió la mano izquierda.

—Acérquese, con los brazos bien separados del cuerpo —ordenó—. Si los baja un solo instante, juro que le lleno las tripas de plomo.

—No... no dispare...

El sujeto se acercó. Tempton le hizo entrar en la casa.

—Las manos en la pared —ordenó.

El hombre obedeció sin rechistar. Tempton le registró, desposeyéndole de una pistola automática, que lanzó a un rincón. Luego dio otra orden:

—Vuélvete y dime tu nombre.

—Le... Lefty Parks... —Sus ojos se desorbitaron al ver dos cuerpos tendidos en el suelo—. Cristo, los ha puesto fuera de combate...

—Pensabais que veníais a una conejera y os habéis encontrado en una lobera —dijo Tempton sarcásticamente—. ¿Cómo se llaman los otros dos?

—Jack Hendly y Vigg Ossuth. Pero no pretendíamos hacerle daño...

—Hijo de... Entonces, ¿qué diablos pretendías hacer cuando querías dar con el tractor contra el granero?

—Bueno, yo me refería a usted... Teníamos órdenes estrictas de no hacerle ningún daño personal.

—Ah, sí, ¿y quién os dio esas órdenes?

Parks señaló a uno de los caídos.

—Jack lo sabe —contestó—. A mí me pagó doscientos por el trabajo y lo mismo a Vigg...

Ossuth empezó a rebullir en aquel momento. Tempton se dio cuenta de que no lo había registrado y le quitó otra pistola.

—Cualquiera diría que pensabais ir a la guerra —comentó irónicamente—. Lefty, ¿quieres un consejo?

—Sí, sí, señor...

—Agarra a tu compinche Vigg y lárgate con el coche de vuelta a la ciudad. Hendly se queda aquí, conmigo.

—Como usted mande...

Parks estaba muerto de miedo. Cargó con Ossuth, que ya daba muestras de recobrar el conocimiento, salió de la casa y se lo llevó hasta el coche. Momentos después, el coche y los dos ocupantes habían desaparecido de la vista de Tempton.

Hendly continuaba inconsciente en el suelo. Tempton fue a la cocina y llenó una jarra de agua.

—Binnie, márchese —dijo—. Lo que va a pasar aquí dentro de unos minutos no va a tener nada de agradable.

Ella le contempló con ojos admirados.

—Es usted un tornado arrasador —calificó—. Otro cualquiera habría perdido desde el primer momento...

—Esos tipos son sólo buenos para actuar contra gente que carece de cierta clase de experiencia. En comparación conmigo, y no es falsa modestia, son lo mismo que un gorrión que intentase luchar contra un halcón.

Salió con la jarra en la mano y vertió el contenido en el rostro de Hendly. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Una vez más, le pido que se vaya. Su estómago se puede resentir y no me consideraré culpable de lo que le pase.

—Me quedo —decidió Binnie—, Oiga, señor Tempton, aunque no lo crea, ser maestra curte mucho más de lo que usted se imagina. Hay que lidiar con toda clase de bestezuelas bípedas...

—Sí, la juventud de hoy día está imposible, ¿verdad?

—Los griegos de la época de Pericles ya emitían quejas semejantes —sonrió Binnie—. La rebeldía de la juventud no es cosa exclusiva del siglo XX.

—Algunas cosas, sí, son exclusivas de esta época —contestó Tempton—, Pero veo que el amigo Hendly empieza a recobrar el conocimiento y es hora de averiguar quién le ordenó destruir mi granja.

Capítulo V

CUANDO Hendly recobró el conocimiento plenamente, se encontró en un cobertizo de grandes dimensiones, colgado de una viga por las manos sujetas a una cuerda y con los pies a tres palmos del suelo. Delante de él, vio al dueño de la granja, que fumaba plácidamente un cigarrillo, mientras sostenía el rifle en el hueco del brazo izquierdo.

—Hola, Jack —saludó el joven alegremente—. ¿Te encuentras en condiciones de hablar?

Hendly apretó los labios.

—Supongo que hace esto para impresionarme —contestó—. Soy más duro de lo que cree. He soportado palizas de los policías...

—Eran caricias comparado con lo que yo puedo hacer contigo. Por ejemplo, ¿ves ese tarro? Está lleno de miel y te untaré el cuerpo de arriba abajo. Hay colmenas en la granja; si traigo una y la golpeo y las abejas se ponen furiosas, ¿te imaginas lo que ocurrirá?

La frente de Hendly se cubrió de gruesas gotas de sudor.

—U... usted no será capaz de hacer una cosa semejante...

—Quizá tengas razón y no me convenga exponerme a recibir unos cuantos agujonazos. Pero también puedo recurrir a otros métodos. Baja la vista, por favor.

Hendly lo hizo así y lanzó un chillido al ver el enorme cepo para osos que tenía bajo los pies.

—Si aflojo un poco la cuerda, ¿eh? —dijo el joven perversamente.

De pronto, dejó el rifle a un lado, se acercó a Hendly y, agarrándolo por las piernas, lo atrajo unos metros, soltándolo luego para que se moviera como un péndulo.

—Jack, mira lo que tienes frente a ti.

Hendly obedeció, en el momento en que Tempton volvía a agarrarlo para darle un nuevo impulso. Entonces vio la horquilla de cinco púas de hierro, sujeta horizontalmente a una columna de madera, situada justamente frente a su trayectoria pendular.

—¡No me suelte! —chilló angustiosamente.

—¿Hablarás? —preguntó Tempton.

—Deiner... —Hendly había perdido la moral por completo y sollozaba abyectamente—. Se llama Deiner y nos pagó para que pegásemos fuego a la granja y la destruyéramos por completo...

—¿Deiner es nombre o apellido?

—Vance es el nombre... Tiene una agencia de empleos en la calle Veintisiete... número tres mil doscientos dos... Es todo lo que sé...

—¿No tienes la menor idea de los motivos por los cuales quería quemar mi granja?

—No... Sólo dijo que podíamos ganarnos dos mil dólares... Bueno, los cobré yo... repartí doscientos a cada uno de los otros dos...

—Ya, la parte del león. Bueno, amiguito, la función ha terminado.

Tempton soltó suavemente al prisionero y luego lo descolgó. Al finalizar la tarea, le encañonó con el rifle.

—Lárgate de aquí y no vuelvas en todos los días de tu vida o no podrás contarlo.

Hendly escapó a todo correr, dándose con los talones en las posaderas. Tempton encendió otro cigarrillo.

—Le ha dado un susto de muerte —sonó entonces la voz de Binnie—, Pero, dígame, ¿de veras estaba dispuesto a hacer todo lo que dijo?

Tempton se echó a reír, a la vez que daba media vuelta. Binnie había aparecido en la puerta del granero y se mostraba muy preocupada.

—Señorita, el tarro de la miel contiene grasa rancia y ya inservible, dejada por el anterior dueño de la granja, y no hay abejas —explicó Tempton jovialmente—. El cepo para osos carece de muelles y, en cuanto a la horquilla...

Se acercó a la herramienta y la tiró al suelo de un leve papirotazo.

—Habría cedido sin causarle el menor daño —concluyó.

—Ese hombre pasó un pánico espantoso, creyendo que usted iba a poner en práctica sus amenazas —dijo Binnie—, Señor Tempton, si no me equivoco, a eso que ha hecho usted se le llama tortura psicológica, tan dañina o más que la tortura física, puesto que afecta a la mente, que puede resultar afectada acaso de forma irreversible.

—Señorita Callahan —contestó él en el mismo tono doctoral—, tendría que estar junto a la señora Ashland, para saber verdaderamente qué es tortura psicológica, para saber qué siente verdaderamente una persona a la que le han arrebatado brusca y canallesamente al ser que más amaba en este mundo; tendría que estar junto a esa mujer, para saber qué se siente cuando dos hombres la asaltan por la noche, amenazándola y atormentándola físicamente para que firme unos documentos con los cuales legalizar una operación comercial a la que ella se niega rotundamente. Eso sí que es tortura psicológica y no lo que han padecido unos despreciables sujetos, que viven de practicar la violencia con las personas decentes. ¿Y no es tortura psicológica la que yo he sufrido, sabiendo que podía perder en unos minutos el esfuerzo de muchos años de trabajo y de ahorro?

—A pesar de todo...

—A pesar de todo, no cambiaré de opinión —cortó él, tajante—. Usted piensa de una forma y yo de otra. Vuélvase a sus poesías y sumérjase de nuevo en el mundo irreal de la rima y de la métrica, y deje que los demás se muevan en el prosaico mundo del trabajo duro y cotidiano.

Binnie se sofocó violentamente. Quiso decir algo, pero no encontraba palabras para responder a los violentos apóstrofes del joven, por lo que, sin más, dio media vuelta y se marchó.

Tempton se quedó solo, amargado y furioso. El tabaco le supo mal y tiró al suelo el cigarrillo, pateándolo coléricamente.

Al cabo de unos segundos, sin embargo, consiguió serenarse. Había entrado a tomar parte en un juego muy duro, extremadamente sucio y terriblemente peligroso. Pero un buen amigo había muerto y sus asesinos debían saber que aquella muerte les iba a costar muy cara.

* * *

Mordió la punta del cigarro, escupió a un lado y luego aplicó un fósforo encendido al otro extremo. Después de varias chupadas, Artie Seands miró con un ojo a su joven visitante.

—A decir verdad, has tardado bastante en venir a verme, Clive —dijo finalmente.

—Entonces, me esperabas.

—Te conozco a ti y conocía también a Bill. Uno suma dos y dos... y uno de los dos está ya bajo tierra. Si hubiera sido al revés, Bill estaría aquí y no tú.

—Tienes razón, Artie —convino Tempton—, Bien, entonces, no es necesario que siga hablando. Dime todo lo que sepas.

—Hay alguien que quiere hacerse con todos los negocios de la ciudad; tú sabes a qué clase de negocios me refiero: locales de diversión, clubs nocturnos, casinos y casas de juego y demás. Pero nadie sabe quién es.

—¿Crees que el asunto vale la pena, Artie?

Seands lanzó una burlona risita.

—Dice que si vale la pena... —Volvió a chupar del cigarro y continuó—: Clive, a doce millas hay una base de la Fuerza Aérea. A dieciséis, en el lado opuesto, un campamento militar con no menos de doce mil hombres. Además, hay tres factorías de gran importancia, que emplean a unos ocho mil trabajadores, más otras industrias pequeñas. La mayor parte de la producción es para el Gobierno. ¿Sabes cómo se pone la ciudad en las noches de sábado?

—Lo sé. He tenido ocasión de comprobarlo —contestó Tempton.

—Bien, el que consiga todos, o la mayoría de los locales, podrá decir

que ha dado con una mina de oro. Y no necesitará recurrir al contrabando ni mucho menos a las drogas. Todas sus actividades serán perfectamente lícitas y tampoco tendrá que andar sobornando a policías y políticos deshonestos.

—Comprendo. ¿Qué más?

—Sin embargo, el que tiene un negocio de esa clase, como el pobre Bill, no quiere vender, porque no es tonto y no desea perder la fuente de sus ingresos. Entonces, hay que dar un escarmiento a los reacios... y a Bill le tocó el número uno.

—Parece como si estuvieras hablando de un sorteo, Artie —dijo Tempton.

—A decir verdad, he oído hablar de ciertos rumores sobre un sorteo, pero son muy vagos y no puedo asegurarte nada. Sin embargo, la situación es tal como la he descrito y, en confianza, dudo mucho que puedas dar con el tipo que la maneja detrás del telón.

—Lo encontraré, te lo aseguro. Artie, tengo unos cuantos nombres. Voy a citarlos y tú me darás detalles, ¿entendido?

—Empieza —accedió Seands.

Tempton mencionó el primer nombre. Seands le facilitó algunos datos, que el joven anotó cuidadosamente en una libreta. A punto de finalizar, dijo:

—Vance Deiner.

—¿Deiner? —se sorprendió Seands—. ¿Está metido en el asunto?

—Eso es lo que me dijo Hendly, Artie.

—Es posible. Pero Deiner es un tipo muy escurridizo, difícil de atrapar. Muy listo, Clive, infernalmente listo. Por lo común, actúa de intermediario para asuntos turbios y sabe en todo momento encontrar al hombre adecuado para el contrato encomendado.

—Hablaré con él, descuida.

—Ten precaución. Deiner no se mueve jamás sin sus dos perros de presa, Andy el Rodillo y Groff el Ciclón. Cada uno pesa más de cien kilos y entre los dos serían capaces de arrancar de cuajo la estatua de la Libertad, sin más que sus manos.

—Lo tendré en cuenta —sonrió Tempton—. ¿Qué sabes de Ewin Kipple?

—¿También Kipple? —dijo Seands, asombrado.

—Rosemary Ashland me dijo que Kipple había querido comprar el negocio a Bill. Es todo lo que sé.

—Sí que resulta raro... Kipple es un tipo honesto, un honrado padre de familia y propietario de una pequeña industria de herramientas de precisión, que emplea apenas a treinta personas. Además, tiene un negocio de imprenta y no se sabe de él que jamás haya publicado obscenidades ni cosas extrañas... Pero si lo dice Rosemary, sus razones

tendrá.

Tempton pensó por un momento en las poesías de Binnie. Quizá Kipple pensaba ampliar el campo de sus negocios, se dijo.

—Está bien —sonrió—. Artie, gracias por todo.

El hombre sonrió también. Tenía cincuenta años, era de regular estatura y su rostro resultaba muy atractivo. Parecía un tipo inofensivo, en su modesto taller de relojería, pero Tempton sabía que había pocas personas en la ciudad que estuvieran tan bien informadas como Artie Seands.

Tempton sospechaba que, en ocasiones, Seands compraba relojes robados y hasta algunas joyas de no excesivo valor. No obstante, jamás se había visto mezclado en un asunto de importancia y menos en casos con derramamiento de sangre. La Policía le toleraba precisamente gracias a los informes que obtenía y Tempton tenía motivos sobrados para conocer las actividades de su amigo.

—A propósito —exclamó, cuando ya se marchaba—, ¿has oído hablar de un tipo con el pómulo derecho rajado, que sangró bastante, aunque, con toda seguridad no fue al médico?

—Dutch Katzen —contestó Seands instantáneamente—. Debe de andar por las proximidades del Red Light o del Sun & Stars; es su campo de actividades habitual. ¿Por qué lo preguntas?

Tempton abrió la puerta.

—Es el asesino de Bill —contestó.

* * *

El hombre salía del club flanqueado por dos sujetos gigantescos, de rostros casi simiescos y manos como palas de excavadora. Aunque no era bajo, Vance Deiner casi parecía un enano en comparación con sus dos guardaespaldas.

Tempton aguardaba en un lugar discreto. Cuando vio salir al trío, echó a andar inmediatamente detrás de ellos. Dio unos pasos y, de pronto, exclamó:

—¡Andy, Groff!

Los dos sujetos se volvieron en el acto, justo para recibir en los ojos sendas rociadas de un gas irritante, que los dejó ciegos momentáneamente, a la vez que les hacía toser con indescriptible violencia. Deiner, sorprendido, no tuvo tiempo de reaccionar. Antes de que pudiera hacer nada, se sintió levantado en volandas y transportado a toda velocidad hacia un coche parado en el estacionamiento del local.

Sujetándolo con un solo brazo, Tempton lanzó al hombre en el maletero, que había dejado abierto, en aparente descuido. Cerró de un manotazo y corrió hacia el volante. Luego arrancó con toda rapidez,

mientras los gorilas hacían furiosos esfuerzos por volver a la normalidad, contemplados por los pocos curiosos que habían presenciado la escena y que no se atrevían a intervenir.

Tempton condujo el coche durante una hora larga, hasta llegar a un lugar absolutamente solitario y apartado de la autopista y de la ruta estatal. Era una zona de tierras sin cultivar y no se veía una sola casa en varias millas a la redonda.

La noche estaba despejada y había luna en principios de menguante, lo que le permitía disponer de luz, sin recurrir a los faros del coche, que pese a todo, podían ser divisados.

Paró el automóvil, se apeó, fue a la zaga y, tras abrir el maletero, sacó a Deiner a tirones.

El sujeto protestó a voz en cuello. Tempton le arreó un revés en la boca, que lo tiró por el suelo. Luego se inclinó y le quitó una pistolita de dos cañones, imitación de las antiguas Derringer, pero fabricada actualmente y tan mortífera a corta distancia como los viejos modelos del siglo pasado.

—No está mal —dijo, satisfecho, a la vez que se echaba el arma al bolsillo—. Me la guardo como recuerdo.

Deiner, todavía en el suelo, le miró aprensivamente.

—Pero, ¿se puede saber qué diablos quiere? —preguntó.

—Sólo una cosa. ¿Quién ordenó a Dutch Katzen matar a Ashland?

—¡Y yo qué se...! No he tenido nada que ver con esa muerte... ¡Jamás tuve nada que ver con un asesinato!

—Usted contrató a tres tipos para que me destruyeran la granja. La persona que se lo ordenó fue, sin duda, la misma que ordenó asesinar a Ashland. Dígame ese nombre.

—No lo sé.

Tempton se inclinó, agarró al sujeto por las solapas de su traje y lo hizo ponerse en pie, zarandeándolo a continuación hasta que le crujieron todos los huesos y los dientes entrechocaron amenazando romperse.

Deiner se asustó. El aspecto del joven era terrible.

—Maldita sea —dijo Tempton, dominado por una furia que le hacía ver todo rojo—, usted lo sabe bien y me lo va a decir, aunque para ello tenga que romperle todos los huesos y, si eso no es suficiente, despellejarlo vivo. Deiner, le aconsejo que hable, porque todavía no sabe bien con quién se enfrenta. Yo no soy ningún matón de tres al cuarto ni tampoco un asustadizo dueño de sala de billares. Ya ha visto con qué facilidad me deshice de sus gorilas. ¿No le da eso mucho que pensar?

Los ojos de Deiner estaban a punto de saltar de las órbitas. En aquel momento, sintió miedo, un pánico espantoso como jamás había sentido hasta entonces.

Su fuerza había estado en los dos guardaespaldas y ahora no los tenía al lado para protegerle. Rondaba ya el medio siglo y su oponente tenía veinte años menos, aparte de que le superaba infinitamente en fuerza física. Sin contar con los quince o veinte kilos de diferencia en el peso de los respectivos cuerpos.

—Si... si me suelta un poco, se lo contaré...

—Está bien, hable, pero no intente echar a correr. Soy más rápido que usted y, además, tengo su pistola —contestó Tempton.

—Yo no sé quién es ese individuo —explicó Deiner, que se había desmoralizado por completo—. Una vez me llamó por teléfono y me propuso un trato que yo acepté. Me envió cierta suma y me dijo que podía ganar mucho dinero si me asociaba con él, aunque, desde luego, no debería jamás averiguar su identidad, porque entonces me mataría. Mire, amigo, eso no me importaba en absoluto y decidí aceptar el trato.

—¿Qué trato?

—Buscarle... personal «especializado» cuando él lo necesitara.

—Por ejemplo, Hendly, Ossuth y Parks.

Deiner asintió.

—Tenían órdenes de no hacerle a usted el menor daño personal —contestó.

—Pero iban a arruinarme —rezongó Tempton—. Está bien. ¿Qué más?

—Eso es todo...

—Deiner, no me haga perder la paciencia. ¿Cómo empezó el asunto del Club 77?

El sujeto se resignó. Con aquel joven, se dijo, no había nada que hacer. Estaban en lugar completamente deshabitado y podían pasarle muchas cosas, sin que nadie se enterase.

—Bueno, hace algún tiempo, me pidió los nombres de seis tipos dispuestos a todo. Se los di y eso es todo —respondió de mala gana.

—Uno de esos nombres era el de Katzen.

—Sí.

—Déme los otros. No me diga que no los recuerda, porque usted es hombre que, entre otras cosas, vive de la buena memoria. Suéltelo todo, Deiner; le aseguro que le conviene.

Deiner mencionó cinco nombres más, que Tempton anotó en un trozo de papel, pese a la poca luz que habla. Luego miró al sujeto.

—Ahora, dígame cómo se comunica con ese sujeto, y no me venga con el cuento de que espera sus llamadas. Usted tiene un número de teléfono y me lo va a dar ahora mismo. Si tiene una contraseña especial dígala también. Tenga en cuenta que esta declaración es su seguro de vida. ¿Me ha comprendido?

Deiner se sentía completamente denotado y ya no se atrevía a oponer

la menor resistencia. Cuando terminó, se sentó en el suelo, completamente desmadejado.

—Esto va a ser mi ruina —se lamentó.

—La ruina de tipos como usted produce gran alegría a las personas decentes —se burló el joven—. Vamos, Deiner, levántese.

—¿Adónde me lleva? —preguntó el hombre recelosamente.

—Todavía estamos demasiado cerca y, además, quiero dejarle en un sitio que no conozca. Es lo menos que se merece por las canalladas que ha cometido.

Deiner no intentó protestar siquiera y se dejó llevar resignadamente al maletero, en el que permaneció todavía más de dos horas. Cuando volvió a salir, Tempton le dio un seco puñetazo en la mandíbula y lo tiró por tierra, dejándolo aturdido y sin posibilidades de reacción inmediata. Antes de que se recobrase por completo, Tempton y su coche habían desaparecido, tragados por la noche.

* * *

Binnie llegó a la puerta de la casa y se sorprendió enormemente del silencio que reinaba. El tractor estaba parado, cuando, habitualmente, solía estar funcionando, con su dueño a los mandos. El coche de Tempton se hallaba ante la puerta y ella observó que estaba completamente cubierto de polvo.

De repente, Tempton asomó por una ventana, con el torso desnudo y una toalla alrededor del cuello.

—¿Por qué no entra y pone la cafetera en marcha? —sugirió, con ancha sonrisa.

—¿A las dos de la tarde? —se extrañó ella.

—He estado de viaje casi toda la noche y volví cuando ya amanecía. Lo siento, me he dormido...

—Muy bien, termine de asearse. Cuando salga, tendrá el café listo. ¿Quiere que le prepare algo más?

—¿Está la poesía reñida con los huevos y el tocino?

—También tienen su poesía, no crea —rió la muchacha.

Tempton no habló apenas, hasta que hubo terminado el desayuno, que, por la hora, se había convertido en almuerzo. Al terminar, miró a la muchacha.

—Felicito a la cocinera —dijo—. Usted hace ver a la gente que la «psique» no está reñida con el «soma».

—La mente y el cuerpo son indisolubles e inseparables hasta el momento de la muerte —contestó ella, a la vez que ponía los codos encima de la mesa y apoyaba la barbilla en las manos—. Lo que acaba de decir demuestra un notable grado de cultura, señor Tempton.

—Me llamo Clive —contestó él—. Y aunque no terminé la carrera, no soy un analfabeto.

—¿Por qué no acabó sus estudios?

—Me fui a la guerra.

—Oh... No lo pasaría bien, supongo.

—Ninguna guerra, aun la más justa, si es que hay alguna justa, es buena. Pero puedo contarle.

—Eso es muy importante. Allí, supongo, adquirió experiencia.

—Efectivamente.

—¿Con Ashland?

—Era el sargento de mi pelotón. Yo le salvé la vida dos veces y él me la salvó tres.

—¿Y después?

—Estuve varios años en la Policía, con Bill. Luego, alguien me buscó y pasé una temporada en el extranjero. No puedo darle más datos; el asunto sigue siendo secreto todavía.

Binnie asintió. «Espionaje», pensó.

—No se los pido —repuso—. Después, dimitió y se compró la granja.

—Sí. Había ahorrado algún dinero, el Gobierno me dio una recompensa, pedí un pequeño préstamo... y murió mi tía Jezabel dejándome casi veinte mil dólares. Pero los impuestos se me llevaron casi la mitad.

—El Gobierno es insaciable —rió ella—. De modo que soldado, policía, espía...

—Y ahora granjero. Pero con muchos problemas.

—Puede darlos de lado. La Policía se encargará de los asesinos de su amigo.

—Era mi amigo y no pude empatar con él.

—¿Cómo?

—Bill me salvó la vida tres veces y yo a él sólo dos. Si hubiese podido salvarle la noche en que murió, habríamos llegado al empate. Ese tanteo no se modificará jamás.

—Y por eso quiere encontrar a los asesinos...

—Además, me lo pidió su viuda, recuerde.

—Clive, ¿me permite un consejo? —consultó Binnie.

—Por supuesto. Lo malo de los consejos es que casi nunca se siguen, pero no hace daño escucharlos —respondió él jovialmente.

—Usted está afligido por la muerte de un buen amigo y desea castigar a los asesinos. En eso estoy de acuerdo. Pero no se crea juez y jurado; no juzgue y aplique la sentencia por sí mismo. Las leyes, muchas veces, son imperfectas, pero sería mucho peor si no existieran. Trate de comprenderme, se lo ruego.

—La entiendo perfectamente, pero el mundo en que me muevo es una jungla donde sólo sobrevive el más fuerte o el más astuto. Quizá tenga que hacer cosas poco agradables, Binnie. El otro día, para no ir más lejos, tuvo usted un ejemplo práctico de lo que sucede en esta ciudad.

—Lo sé, y por eso mismo insisto en el consejo. Naturalmente, no le pido que lo siga. Pero sí que medite mucho las cosas antes de ejecutarlas.

—Lo tendré en cuenta, se lo prometo. Y ahora, ¿me permite a mí otro consejo?

—Claro, hombre —accedió ella con una brillante sonrisa.

—Tiene el pelo lacio y mal cuidado. Esos lentes no la favorecen en absoluto y hasta me atrevería a apostar que los necesita muy poco. La noche en que asesinaron a Bill no los llevaba puestos.

—Usaba lentillas de contacto, Clive. Pero las gafas son más cómodas...

—Entonces, cómprese otras que la favorezcan más y cuide el pelo.

—¿Algo más?

—De la figura no puedo decir nada. Es perfecta.

Ella se sonrojó ligeramente. Luego se puso en pie.

—Tengo trabajo —se disculpó.

—Cuide bien a su musa —sonrió Tempton.

* * *

Llevaba unos lentes de color amarillo, que parecían una máscara. Situado en un lugar discreto de la sala de billares, Tempton observaba los movimientos de Dutch Katzen, muy concentrado, al parecer, en el manejo del taco. Katzen estaba con algunos conocidos, entre los que se cruzaban algunas bromas de cuando en cuando.

El asesino ganó la partida y aceptó complacido las felicitaciones de sus adversarios. Luego tomó con éstos unas cervezas en la barra. Al cabo de un buen rato, salió a la calle.

Eructó ruidosamente al hallarse al aire libre. Dio unos cuantos pasos y, entonces, notó en los riñones el contacto de un objeto duro.

—Dutch, esto que tienes a la espalda es una pistola. Si haces un solo movimiento, si veo que intentas escapar, te partiré el espinazo a tiros. ¿Has oído bien?

Katzen se sobresaltó terriblemente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Eso no importa ahora. Cuéntame, ¿por qué asesinaste a Bill Ashland?

El sujeto guardó silencio. Tempton dijo:

—Tengo el coche ahí al lado y puedo escapar antes de que nadie se dé cuenta de que he disparado. Contaré hasta diez...

—Espere —pidió Katzen—. Me pagaron.

—¿Quién?

—No lo sé. Nos lo ordenó por... supongo que por teléfono o alguna emisora privada de televisión... Él dijo que nos estaba viendo...

—De modo que no estaba solo.

—No. Había más, pero no los conozco...

—Me es igual que mientas, porque ya sé los nombres —dijo Tempton—. Lo que sí me gustaría saber es por qué fuiste tú precisamente el que tuvo que disparar contra Ashland.

—Echamos a suertes y me tocó a mí.

Tempton se pasó una mano por la cara, tratando de dominar la cólera que sentía. Allí estaba aquel miserable, hablando de un sorteo cuyo resultado había sido la muerte de un inocente...

Al cabo de unos segundos, consiguió calmarse y dijo:

—Camina, Dutch.

—¿Adónde vamos? —preguntó el sujeto.

—A la comisaría más cercana. Allí le dirán lo que hacen con los asesinos.

—No podrán probar nada...

—Dutch, no seas idiota. Llevas encima el revólver con el que disparaste contra Ashland. ¿Es que no sabes qué hace la Policía con un arma de la que se sospecha se ha cometido un asesinato? Más de uno te vio con la cara sangrando por el puñetazo que yo te di en aquellos momentos. Aún llevas el parche sobre el pómulo. ¿No eres capaz de imaginarte el resto?

Katzen inspiró profundamente. En el mismo instante, se oyó el agudo chirrido de unos frenos aplicados violentamente.

Un coche de color oscuro se detuvo en la acera. Tempton presintió lo que iba a suceder y saltó hacia atrás, arrojándose al mismo tiempo al suelo y dando varias vueltas sobre sí mismo. Katzen, sorprendido, no acertó a reaccionar.

Varios fogonazos partieron de una de las ventanillas del coche. Katzen aulló, pero dejó de gritar muy pronto cuando una bala hizo saltar por los aires todo el lado izquierdo de su cráneo.

Capítulo VI

EWIN N. Kipple era un hombre de unos cuarenta años, alto, de aspecto distinguido y modales suaves y corteses. Tenía ya algunas canas en las sienes y sus ojos azules quedaban al otro lado de unas gafas con montura de oro, lo que le confería un aspecto doctoral. Tempton estudió unos instantes al hombre y sin necesidad de otras observaciones, llegó a la conclusión de que Kipple no podía estar mezclado en modo alguno con el asesinato de Ashland.

Además, había estudiado a fondo el historial de Kipple. Casado, con dos hijos, miembro de varios clubs de alta clase, practicaba el tenis y el golf siempre que el trabajo se lo permitía, asistía con regularidad a los oficios religiosos del domingo, pagaba puntualmente los impuestos, ofrecía donativos benéficos y, casi lo más importante de todo, no se le conocían aventuras amorosas extraconyugales. Un par de secretarias, bastante atractivas, se le habían insinuado y él las había despedido sin contemplaciones.

—Pero había intentado comprar el Club 77.

—Cierto —admitió Kipple, mientras ofrecía un whisky a su visitante—. Quise comprar el local.

—Y no se consumó la operación.

—Al final, desistí. Es un buen negocio, no cabe duda, pero habría manchado mi imagen, tanto personal como de hombre de empresa. Ya sé que el 77 es un local de lo más decente que hay en la ciudad, pero no se puede evitar que la gente piense, ¿me comprende?

—Es inevitable, en efecto —concordó el joven con una sonrisa—. La gente piensa siempre mal del hombre que tiene un local de diversión. Prostitutas, exceso de alcohol, drogas, juego... Aunque no había nada de eso en el Club 77, la fama de otros locales se le había pegado un poco.

—Siento mucho lo que le sucedió al señor Ashland —manifestó Kipple—. Llegué a conocerle bastante y me pareció un hombre honrado. Lo que hicieron con él fue un auténtico crimen.

—Ashland y yo fuimos grandes amigos. Estoy buscando al hombre que ordenó su asesinato.

—¿Por qué no deja esa labor para la Policía, señor Tempton?

El joven se puso en pie.

—La Policía, a veces actúa con demasiada lentitud o no profundiza

en lo que algunos podrían creer un «ajuste de cuentas» —respondió.

—Pero Ashland murió porque no quería vender el local.

—Y en el fondo, ¿no es eso un «ajuste de cuentas»?

Kipple asintió.

—Bien mirado, así es. Señor Tempton, repito mis condolencias —dijo.

—Gracias. Le ruego me perdone el tiempo que ha perdido atendiéndome, señor Kipple.

—Por favor... Lo hice con mucho gusto, a pesar de que el motivo de su visita no tenía nada de agradable. Encantado de conocerle, amigo Tempton.

El joven salió del despacho y se dirigió al ascensor que le llevaría a la planta baja del edificio donde Kipple tenía sus oficinas. Cuando salía del ascensor, vio a Binnie que cruzaba el vestíbulo.

Ella le vio también y se sorprendió enormemente al encontrarle en aquel lugar.

—¡Clive! ¿Qué está haciendo aquí?

—Vine a hablar con Kipple. Usted sabe que quería comprar el negocio de Ashland —respondió él.

—¿Le considera sospechoso? —se sorprendió la joven.

—Al contrario, es un hombre libre de toda sospecha... Pero usted, ¿qué hace aquí?

—Kipple me ha llamado. Quiere hablar conmigo.

—Muy bien. Oiga, le propongo una cosa. Frente a este edificio, hay una cafetería. Venga allí cuando termine y almorzaremos juntos.

—¡De acuerdo! —contestó Binnie alegremente.

* * *

Apenas un cuarto de hora más tarde, Binnie entró en la cafetería y Tempton apreció que la joven estaba sumamente abatida. Se levantó cortésmente y, cuando ella se hubo sentado, dijo:

—Parece una gallina mojada. ¿Qué le ha sucedido?

Ella enseñó un grueso sobre, de grandes dimensiones, que traía consigo.

—Kipple me ha devuelto el original —contestó—. Dice que ha desistido del negocio editorial y que lo siente muchísimo, pero que su imprenta se va a dedicar en lo sucesivo a trabajos industriales.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó Tempton. De un golpe, Binnie acababa de ver disipadas sus ilusiones y, se imaginó, ello debía haberle causado una profunda decepción.

—Bueno —añadió—, Kipple no es el único editor...

—No sé por qué me dio esperanzas, si no pensaba seguir con el negocio editorial —se lamentó la joven—, Pero supongo que hay cosas que a un hombre de negocios no le importan en absoluto, aunque sea una persona tan decente como Kipple.

—Binnie, a veces, en este mundo, las personas no son lo que parecen. No quisiera ofenderla, pero, dígame, ¿le hizo Kipple alguna proposición? Usted ya me entiende; conceder ciertos favores, a cambio de la publicación del tomo de poesías...

—¡No, por Dios! —protestó la muchacha—. Jamás insinuó nada en ese sentido. Siempre se portó como un caballero... Incluso hoy, al participarme su negativa que, dijo, quería hacer personalmente, para que no creyera que se escudaba tras la frialdad de una carta. Incluso me ha dado una pequeña compensación.

—¿Compensación?

—Sí, un cheque de quinientos dólares. No quería aceptarlo, pero él insistió... y, a fin de cuentas, ese dinero me viene bien. Pero me siento tan terriblemente decepcionada...

—Está bien —dijo Tempton—, Las decepciones se curan con el paso del tiempo y usted acabará por encontrar otro editor. ¿Qué le parece si almorzamos? El estómago lleno hace ver las cosas de otro modo, Binnie.

Ella forzó una sonrisa.

—No tengo apetito, Clive.

—Coma, aunque no tenga ganas. Vamos, anímese; usted es joven y no conozco a un poeta famoso que haya triunfado de la noche a la mañana. Muchos pasaron hambre... pero aquellos no me tenían a mí, dispuesto a invitarles a un sustancioso almuerzo.

Binnie hizo un gesto afirmativo.

—Clive, es usted un tipo estupendo —dijo—. Ya ve, ahora me siento un poco mejor...

—Lo celebro infinito —dijo él, a la vez que agitaba la mano para llamar a la camarera.

Cuando terminaron de almorzar, Tempton preguntó a la muchacha si se volvía directamente a casa.

—Sí, regresaré ahora mismo...

—De otro modo, la habría llevado en mi coche.

—He venido en bicicleta —dijo ella sorprendentemente.

—Vaya, son seis millas...

—Así hago un poco de ejercicio. Clive.

Y cuida la figura, cosa que me parece muy bien. Oiga, ¿se siente usted capaz de correr una pequeña aventura conmigo? Podemos guardar la bicicleta en el maletero del coche...

—¿Adónde vamos, Clive?

—El hombre que ordenó asesinar a Bill permanece en el anónimo,

como es de suponer. Pero yo sé dónde encontrarlo.

—¿Cómo lo ha averiguado?

Tempton sonrió.

—Secreto profesional —contestó, mientras pensaba en Deiner, abandonado a doscientas millas de la ciudad y en un lugar donde la casa habitada más cercana estaba a unas veinticinco millas.

* * *

—Aquí es —murmuró el joven, mientras insertaba en la cerradura una fina lámina de acero.

—Clive, lo que está haciendo es un allanamiento de morada —se alarmó ella.

—Un delito infinitamente menos grave que el asesinato —contestó él.

La cerradura olía a lugar cerrado y deshabitado desde hacía largo tiempo. Binnie vio el gesto de decepción que hacía el joven.

—¿Fracaso? —inquirió.

—Aún es prematuro hablar así —respondió él.

El apartamento estaba situado en un edificio de aspecto corriente y no había en él ningún mueble, a excepción de una mesa, sobre la que se veía un teléfono. Tempton se acercó al aparato y lo examinó cuidadosamente.

—No lo entiendo —dijo a media voz.

—¿Qué es lo que no entiende?

—Conseguí averiguar esta dirección por el número de teléfono que me facilitó cierta persona. Ya me imaginaba que no encornaría aquí al hombre que mandó matar a Bill, pero, al menos, suponía que encontraría una grabadora acoplada al teléfono.

—Y no es así, según parece. ¿Por qué no mira en los cajones, Clive? —sugirió ella.

Los cajones de la mesa estaban completamente vacíos.

Profundamente decepcionado, Tempton se mordió los labios, mientras contemplaba fijamente el teléfono.

De repente, se dio una palmada en la cabeza.

—Ya está —exclamó—. he encontrado la solución.

—Entonces —rió Binnie—, diga «Eureka», como Arquímedes. ¿Cuál es la solución?

Tempton levantó el aparato.

—Está conectado a otro teléfono y éste suena cuando aquí se recibe una llamada.

—O sea, que no podemos saber dónde está ese otro teléfono.

—Es cuestión de paciencia —respondió él—. Bien, vámonos...

Tempton se interrumpió súbitamente. Luego, con gesto brusco, agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella hacia una estancia contigua, cerrando la puerta apenas un segundo antes de que se abriese la del apartamento.

Dos hombres hicieron su aparición. Tempton los observaba a través de una rendija y se sintió pasmado de asombro al reconocerlos.

Andy el Rodillo se acercó al teléfono y lo levantó un poco.

—Bueno, aquí está el cacharro —dijo.

—Arráncalo, ya conoces la orden —dijo el otro.

Andy pegó un fuerte tirón y el cable se rompió. Luego puso el teléfono en una bolsa que había llevado al efecto.

—Me gustaría saber dónde se ha metido el jefe —rezongó.

—Se lo llevó aquel tipo. Seguramente le pegaría dos tiros en alguna parte y no lo encontraremos jamás...

—No, yo no creo que Tempton lo matase. Simplemente, le daría una buena paliza para obligarle a hablar y luego lo dejaría tirado en cualquier parte.

—Nos la jugó bien —dijo Groff el Ciclón, de mal talante.

—Aguarda a que le ponga la mano encima —contestó su compinche—. Te aseguro que no le van a quedar más ganas de escaldar los ojos a la gente.

—Bueno, bueno, vámonos ya. Recuerda que a las ocho en punto nos va a llamar, para darnos nuevas instrucciones.

Los dos gigantes se marcharon. Tempton abrió la puerta de nuevo y se acarició el mentón pensativamente.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Binnie, dándose cuenta de que el joven estaba sumido en profundas meditaciones.

Tempton consultó el reloj.

—Todavía son las cinco. Tengo tiempo de sobra para llevar a cabo una idea que se me acaba de ocurrir.

—¿Puedo ayudarle, Clive? —se ofreció la muchacha.

Tempton la contempló unos segundos.

—Usted tiene una voz cultivada, con agradables inflexiones... Sí, quizá pueda ayudarme, pero le advierto de antemano que es posible que corra ciertos riesgos...

—Trataré de dominar el temblorcillo que ya siento en las piernas —contestó ella jovialmente.

* * *

Andy Barton, alias el Rodillo, entró en el apartamento y tiró a un lado

la bolsa que contenía el teléfono inutilizado. Luego buscó una botella y se sirvió un generoso trago.

El otro entró a continuación. Groff Smyne miró a su compañero con aire de reprobación.

—Deberías aguardar un poco —dijo.

—Tenía sed. Hemos cenado demasiado fuerte. —Barton eructó ruidosamente—. Pero aún falta casi un cuarto de hora...

—Pondré algo de música para entretenernos —dijo Smyne.

—Está bien.

Había un aparato receptor sobre una consola. Smyne lo encendió y luego se puso un cigarrillo entre los labios. Los estridentes sonidos de una batería de guitarras eléctricas llenaron el ambiente en el acto.

La música sonó durante unos minutos. Luego, bruscamente, cesó y se oyó una voz femenina:

—Esta es la emisora CBWR-3. Señores oyentes, interrumpimos la emisión para dar un boletín de noticias. La Policía de esta ciudad tiene informes acerca de los asesinos de Dutch Katzen, quien, como seguramente recordarán todos ustedes, fue acribillado anoche a balazos al salir de un salón de billares. Testigos presenciales han permitido identificar tanto al autor de los disparos, como al conductor del vehículo, quienes se dieron a la fuga inmediatamente de cometido el crimen. Se trata de Andy Barton y Groff Smyne, cuya localización se espera sea efectiva muy pronto...

Los dos hampones, atónitos, se contemplaron fijamente durante unos segundos. Luego, como obedeciendo a un mismo impulso, echaron a correr hacia la puerta, desapareciendo de forma prácticamente instantánea.

Capítulo VII

EN la habitación contigua, Tempton se echó a reír. Luego dio una suave palmada en los hombros de la muchacha.

—Perfecto. Ha resultado usted una maravillosa locutora de radio.

Binnie sostenía todavía en la mano el papel que contenía el supuesto mensaje de la radio y que había sido redactado por el joven.

Tempton empezó a recoger el micrófono y el cable conectado a la radio, junto con un transmisor y un interruptor, para cortar la emisión que llegaba del exterior.

—Se han largado y tardarán en volver, si es que vuelven. No creo que sean los asesinos de Katzen, pero tienen la conciencia muy sucia —contestó.

—Y ahora sólo falta esperar a que llame el desconocido.

—Exactamente. Grabaré la conversación y luego ya veremos qué pasa.

Tempton terminó de recoger todo y pasó a la otra estancia. Acopló la grabadora que había llevado previamente al teléfono y consultó su reloj de pulsera.

—Faltan tres minutos todavía —dijo.

—Ha tenido suerte —manifestó Binnie—. ¿Qué habría pasado, si ellos no se hubieran entretenido en cenar?

—Tenía dispuesto un micrófono ultrasensible, para escuchar desde el pasillo.

—Se las sabe todas, ¿eh? La experiencia de espía resulta inapreciable.

La mirada de Tempton se tomó repentinamente ceñuda.

—Esos tipos se creen muy inteligentes, pero, en realidad, no son más que montones de músculos, sin inteligencia alguna —contestó—. Si supieran lo que yo sé, tendríamos que echarnos a temblar... A propósito, Binnie, lo había olvidado.

Tempton sacó una tarjeta del bolsillo y se la entregó a la muchacha.

—Envíe su original con las poesías a esta dirección —indicó—. Si vale, se lo dirán sin emplear subterfugios. Pero la atenderán con toda amabilidad, aunque sea por correo.

—¿Conoce al editor?

—El hijo, vicepresidente de la empresa, estuvo conmigo en Vietnam.

—Comprendo. ¿Cuántas veces le salvó la vida?

—Aquello no era cosa de broma, Binnie —contestó él gravemente.

—Perdone —dijo la muchacha, ligeramente sonrojada.

Y en aquel momento, sonó el teléfono.

Tempton hizo un gesto para imponer silencio. Luego se acercó al auricular y lo separó de la horquilla.

* * *

—¿Con cuál de los dos estoy hablando? —preguntó el desconocido.

Tempton procuró recordar cuál de las dos voces se acomodaba mejor a la suya, para disfrazarla, al igual que lo hacía el sujeto que se hallaba al otro lado de la línea. Decidió que Groff era más fácil de imitar.

—Groff, señor —contestó.

—¿Hay noticias de Dainer?

—No, señor, aún no sabemos nada de él.

—Muy bien. Preste atención, Groff. Ustedes, creo, conocían bien todos los secretos de su jefe.

—Bastante bien, sí, desde luego.

—En tal caso, deben citar a los cinco hombres que acudieron a la reunión anterior. No he podido cambiar de emplazamiento, por lo que irán al mismo sitio, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Groff, ¿conoce usted a un tal Rory Hagen?

—Me suena un poco... —dijo el joven precavidamente.

—Anote su teléfono. Díglele que acuda a la reunión, como sustituto de Katzen.

—Sí, señor.

—La reunión será a las doce de la noche. Todo lo demás, en las mismas condiciones que en la ocasión anterior.

—De acuerdo.

—Ah, una cosa, Groff. ¿Les gustaría ganarse a los dos cinco mil dólares?

—Estaríamos encantados, desde luego. ¿Qué debemos hacer?

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, el desconocido, dijo, con salvaje acento de odio:

—¡Deben matar a Tempton! Ese maldito entrometido puede estropear me el mejor negocio de mi vida y no quiero permitirlo. ¿Está claro?

—Sí, desde luego...

—Les envío el dinero por correo. Llamaré, pasado mañana, para saber el resultado.

—Sí, señor.

—Eso es todo. Adiós.

Tempton colgó el teléfono. Sus ojos se encontraron con los de Binnie.

—Me ha ordenado que me mate a mí mismo —dijo el joven divertidamente.

—Creyó que era uno de los gorilas, ¿eh?

—Sí. Binnie, hemos de marcharnos. Luego le dejaré que oiga la grabación...

—Clive, se me está ocurriendo una cosa.

—Dígame, por favor.

—Ha hablado con ese sujeto casi cinco minutos. ¿No podría haber localizado el lugar de la llamada?

—Si estuviese en la Jefatura de Policía, desde luego; pero quizá haya usado una cabina telefónica y yo habría necesitado un colaborador por lo menos para que se desplazase al punto desde donde me hablaba ese individuo. Es un procedimiento efectivo, pero también un poco complicado. Y preveo que ese hombre no habla desde un teléfono que pueda ser localizado fácilmente.

—Sí, tiene razón. Bien, ¿qué piensa hacer ahora?

—Muy sencillo: desempeñaré el papel de Rory Hagen.

—¿Quién es Hagen? —preguntó Binnie, que no había podido oír aquel nombre mientras el joven hablaba por teléfono.

—El sustituto de Dutch Katzen, es decir, otro asesino profesional —respondió Tempton tranquilamente.

* * *

Vance Deiner llegó a su oficina en un estado de agotamiento casi total y rebosando furia por todos los poros de su cuerpo. Había tenido que caminar veinticinco millas a través de un territorio completamente desierto, había pasado una noche al aire libre y luego se había visto en mil apuros para regresar a la ciudad. Pero también sabía que sus problemas podían ser mucho mayores, si no actuaba con la debida diligencia.

Por fortuna, se dijo, Tempton no había insistido demasiado y él le había dado solamente un número de teléfono de los dos que conocía. El otro se lo había reservado y ahora se felicitaba de haberlo hecho así.

Tomó un largo sorbo de whisky y luego se sentó ante la mesa. Sacó una libreta, consultó un momento una de las páginas y marcó un número.

Aguardó casi un minuto. Al fin, oyó una voz.

—Hable.

—Deiner —dijo el sujeto—. Ha ocurrido algo imprevisto.

—Ah, por fin ha conseguido volver. ¿Qué le ha pasado...?

Deiner explicó sucintamente lo ocurrido. El otro meditó unos instantes.

—¿No le han dicho nada sus guardaespaldas? —preguntó al cabo.

—Aún no los he visto, señor.

—Vance, empiezo a sospechar algo raro. Procure encontrar a sus muchachos. Llámeme mañana, a las ocho en punto.

—Sí, señor.

Apenas había colgado el teléfono, se abrió la puerta. Barton asomó la cabeza temerosamente.

—¡Jefe!

—¿Dónde diablos os habéis metido? —vociferó Deiner—. ¿Por qué no estabais aquí, como era vuestra obligación, estúpidos?

—Jefe, permita que le expliquemos...

Barton había entrado ya, seguido de su compinche. Momentos después, Deiner estaba enterado de lo ocurrido.

—Fue una trampa de Tempton —dijo—. Ya no cabe la menor duda, pero, ¿cómo se os ocurrió que podían acusaros de la muerte de Katzen?

—Bueno, lo cierto es que escuchamos la radio... ¿Cómo podíamos imaginarnos en aquel momento que se trataba de un ardid? Luego nos hemos enterado de que ninguna emisora de radio dio una noticia semejante...

Deiner reflexionó unos momentos, mientras tecleaba con los dedos sobre la mesa. Al cabo de unos momentos, tomó una decisión.

—Dejadme solo —ordenó—. Podéis volver dentro de media hora; entonces os diré lo que debéis hacer.

—Sí, jefe.

Deiner esperó aún un par de minutos. Luego volvió a marcar el mismo número de teléfono.

Desesperaba ya de obtener respuesta, cuando oyó la voz del otro hombre, que resonaba furiosamente.

—Le dije que me llamase mañana, a las ocho...

—Lo sé perfectamente, pero ha ocurrido algo totalmente imprevisto y no podía aguardar tanto tiempo.

—Bien, sea breve. Tengo prisa...

—El hombre que habló ayer con usted no era Groff, sino Tempton.

Al otro lado de la línea se produjo un espacio de silencio. Deiner aguardó ansiosamente.

—Conque Tempton, ¿eh? —dijo el otro por fin—. Y, seguramente, estará dispuesto a tomar el puesto de Hagen.

—No sé nada de eso...

—No importa. Deiner, llame a los otros cinco y cancele la orden de reunión que les habrá dado Tempton.

—¿Cuándo deben reunirse de nuevo, señor?

—Ya se lo diré en otro momento. Por ahora, eso es suficiente. No vuelva a llamarme; ya lo haré yo cuando lo crea conveniente.

—Sí, señor.

Deiner colgó el teléfono y se secó el sudor de la frente con un pañuelo. En aquellos momentos, odiaba a muerte a Tempton, pero se dijo que no le convenía hacer nada.

«Ya se encargará él de quitarlo de en medio», pensó, seguro de que así iba a ocurrir antes de que transcurriesen veinticuatro horas, como pudo confirmar poco después, cuando sus guardaespaldas le notificaron la orden que tenían de matar a Tempton.

* * *

Empujó la puerta y oyó el leve tañido de la campanilla. A los pocos momentos, Artie Seands se asomó a la puerta que daba al interior de la tienda e hizo un gesto con la mano.

—Hola, Clive —saludó—. Cierra y cuelga el cartelito de «He salido a almorzar»; así no nos molestarán mientras hablamos.

—Está bien —contestó el joven.

Cerró la puerta, pasó el pestillo y puso el cartel. Luego se dirigió al cuartito interior, que era despacho y pequeño taller al mismo tiempo.

Seands estaba sentado ante una mesa, con un antejo de relojero en la cuenca del ojo izquierdo y unas pinzas muy finas en la mano derecha. El joven aguardó pacientemente a que su amigo hubiera terminado el ajuste de aquella pieza. Al fin, Seands se desprendió del antejo y dejó a un lado las pinzas y el reloj que estaba reparando.

—Debe de ser importante, porque me has hecho venir con muchas prisas —observó Tempton.

—No sé si es importante o no. En todo caso, tú juzgarás —contestó Seands—. Y no me gusta tener que decirlo, porque también él era un buen amigo y ahora, por desgracia, está bajo seis palmos de tierra.

Tempton frunció el ceño.

—¿A qué te refieres, Artie?

—Ella tiene un amante.

El joven sintió que se le contraía el estómago.

—¿Es posible?

—Verás... Son rumores, muy vagos e inconcretos todavía, aunque a mí me parece que tienen muchos visos de autenticidad. Clive, tú tienes experiencia y sabes que muchas veces las personas no son lo que

parecen ni parecen lo que son.

—Eso es muy cierto —suspiró Tempton—. ¿Tienes alguna idea de quién pueda ser el fulano?

—En absoluto, aunque me imagino que no será un pelagatos. Ella aspira a algo con clase. Y dinero, naturalmente.

—¿Quién lo iba a decir? —se lamentó el joven—. Bien mirado, el dinero hace milagros y convierte en fieras salvajes a las personas, no digamos ya cuando se trata de una cosa tan relativamente inofensiva como de refocilarse en la cama.

—El mundo es así, no le des más vueltas —filosofó Seands—. ¿Te sientes decepcionado?

—Un poco. Es fácil de comprender, ¿no?

—Desde luego.

—Oye, no irás a decirme ahora que te habías enamorado de la prójima...

—Hombre, no, pero esas cosas siempre disgustan. Uno ve a una mujer guapa, atractiva, con buena reputación... y, de repente, se entera de que tiene un amante... Cuesta un poco digerir la noticia, Artie.

—Sí, me lo imagino. Lo siento de veras, Clive, pero estimé necesario que debía decírtelo.

—Has hecho bien, gracias, Artie. ¿Algo más?

—Por ahora, no, aunque sé que hay varios tipos que se sienten un poco nerviosos. Todos ellos son propietarios de locales que dan buenos beneficios y presienten que pueden seguir a Ashland.

—Si no paramos al sujeto que quiere apoderarse de todos esos negocios, es posible que lo consiga —respondió el joven.

—Hay uno de ellos que está dispuesto a resistir a cualquier precio. Se llama Lewis Hoff. ¿Te suena?

—No, Artie.

—El local se llama La Mandrágora. Hoff te conoce de oídas. Me ha enviado un emisario, para que vea si puedo encontrarte y concertar una entrevista con él. Conoce tu amistad con Ashland y sabe que tratas de encontrar al tipo que ordenó su muerte.

—Hoy no podré ir, Artie. Díselo así.

—Tendrás una mesa reservada todo el resto de la semana. Bastará que vayas allí, para que Hoff sepa que aceptas hablar con él, cuando menos.

—De acuerdo. Quizá mañana... Hoy me es imposible, te lo aseguro.

—Muy bien, así se lo diré.

—Ah, Artie, tengo que preguntarte una cosa.

—Dime, Clive.

—¿Te suena un tal Rory Hagen?

Seands se estremeció.

—¡Diablos, vaya unas amistades...!

—Hagen no es amigo mío. Ha sido nombrado suplente de Katzen.

—No entiendo...

—Hoy se celebra una reunión de los asesinos y quiero ir en el lugar de Hagen.

—¿Tiene que asistir él?

—Sí, pero no irá, lógicamente.

—Tú ocuparás su puesto.

—En efecto. ¿Qué aspecto tiene?

—Corriente, algo más bajo que tú... Quizá alguno de tus «colegas» lo conozca. En tal caso, podrías verte en un aprieto...

—Saldré de él, no te preocupes. Otra cosa: ¿conoces a un tal Dirk Travis? Me gustaría charlar con él...

—Clive, cada vez que pronuncias un nombre me pones los pelos de punta —se estremeció Seands.

—Anda, dime dónde vive; quiero hablar con él.

—Muy bien, tu pellejo es tuyo. Ya enviaré una corona de flores a tu entierro...

Al cabo de unos momentos, Tempton se dispuso a abandonar la relojería. Cuando tenía la mano en el pomo de la puerta, meneó la cabeza y dijo:

—Tiene un amante... ¿Quién podía sospecharlo?

—El sexo y el dinero es siempre una combinación irresistible —dijo Seands con aire sentencioso.

—Sí, desde luego, pero ella... Tan delicada, tan romántica... Hombre, ya me imagino que también los poetas tienen necesidades físicas, pero, de todos modos...

Seands puso cara de extrañeza.

—Clive, muchacho, ¿de quién diablos estás hablando?

—De la señorita Callahan, la poetisa. Es mi vecina, pero nunca pude imaginar que tuviese un fulano...

—¡No seas bruto! —le apostrofó Seands—. No conozco a esa señorita ni la he visto en los días de mi vida. Yo me refería a otra mujer.

—¿Otra mujer? —respingó el joven—. Por todos los diablos, Artie. ¿De quién estás hablando?

—De Rosemary Ashland, naturalmente —fue la respuesta del relojero.

Capítulo VIII

—EH, ¿hay alguien en la casa? —gritó Binnie.

—Claro que hay alguien —contestó Tempton, a la vez que se hacía visible, con un trozo de carne cruda aplicado al ojo izquierdo—. Estoy yo y me siento tan contento que...

Dejó la carne sobre la mesa, fue hacia la muchacha, la abrazó y luego le dio un par de besos en ambas mejillas. Binnie, estupefacta, no acertó a reaccionar.

—Pero ¿qué le pasa? —exclamó—. ¿Por qué esa demostración de alegría?

—Tengo motivos para ello —contestó el joven—. Binnie, perdóneme, pero en el primer momento creí que se referían a usted, ¿comprende?

—No, no le entiendo en absoluto. ¿Por qué no prueba a explicarse?

—Verá... Es que quizá no le sepa bien... De todos modos, debe saberlo. Hoy me dijeron una frase: «Ella tiene un amante»...

—Y usted pensó en mí, claro.

—No sé cómo disculparme, Binnie. La verdad es que... Bueno, en cierto modo, debería sentirse halagada. En aquellos momentos, no tenía en la mente a ninguna otra mujer.

—Sí, claro, pero vaya manera de recordarme...

—Debería haberme visto usted —respondió Tempton—. No sabe el disgusto que me llevé cuando me dieron la noticia.

—Pues no es cierta, Clive.

—Ya lo sé. Mi informador se refería a otra mujer. Luego se deshizo el equívoco. Por eso me ha visto tan contento.

—Ahora sí lo entiendo —sonrió ella—. Y, ¿puedo saber quién es la otra?

—Rosemary Ashland.

Binnie silbó.

—Sin embargo, no he sabido quién era su amante. Pero de todas formas, esto no tiene demasiada importancia, salvo por el hecho de que el pobre Bill no supiera que su mujer le engañaba.

—En este mundo no se puede uno fiar de nadie. Bueno, de casi nadie... ¿Piensa hacer algo, Clive?

—No, ¿para qué? Los devaneos de Rosemary no me interesan en

absoluto. Sin embargo, eso no se compagina bien con el interés que siente por encontrar al hombre que ordenó asesinar a su esposo.

—Tal vez fue sólo una aventurilla pasajera. A veces ocurre, y luego, la infiel se da cuenta de que ha ido a buscar fuera algo que no se puede comparar con lo que tiene en casa.

—Sí, es posible —convino él—. Bueno, ¿me perdona?

—Claro, hombre —rió Binnie—. Oiga, ¿qué le pasa en el ojo? No irá a decirme que se ha tropezado con una puerta, ¿verdad?

—No. Estuve discutiendo con un tipo. El me dio un buen golpe, pero, al final, gané a los puntos.

Tempton no quiso decir que la entrevista con Travis no había tenido nada de amistosa, pero había conseguido derrotar al asesino y ahora ya sabía dónde era el lugar donde se iba a celebrar la reunión de los asesinos. Al terminar la nada afectuosa entrevista, Travis había quedado en su apartamento, sólidamente amarrado y amordazado, y también se había llevado su teléfono, para evitar que lo tirase al suelo y pudiera así llamar la atención de alguna operadora de la central telefónica. Ahora estaba seguro de que nadie lo delataría y que podría asistir tranquilamente a la reunión convocada por un misterioso sujeto al que nadie conocía.

Cuando llegase al lugar de la reunión, si hacía falta, ya encontraría una excusa para justificar la ausencia de Hagen, el cual, lógicamente, no habiendo sido avisado, no podría asistir. Pero en aquellos momentos no podía explicar nada a la muchacha.

Con el ojo sano, miró a Binnie y sonrió.

—¿Ha enviado los poemas a mi amigo? —preguntó.

—Ayer eché el sobre al correo —respondió ella.

—Deseo que tenga suerte...

—No, Clive —contradijo Binnie—. No quiero suerte, simplemente, saber si valgo o no, y su amigo me lo hará saber.

—Será sincero, sea lo que sea —aseguró Tempton.

El teléfono sonó en aquel momento. Tempton se separó de la muchacha, levantó el aparato y dijo su nombre. Luego oyó la voz de Seands:

—Clive, prepárate. Acaban de darme una noticia nada agradable. Andy y Groff van hacia tu casa, dispuestos a liquidarte a toda costa.

* * *

Tempton no se inmutó. Dio las gracias a su amigo, colgó el teléfono y se volvió hacia la joven.

—Binnie, márchese.

Ella presintió que sucedía algo grave.

—Malas noticias —dijo.

—No son buenas.

Tempton fue a la cocina y sacó el rifle, junto con una caja de cartuchos. Frunció el ceño al ver a Binnie todavía en la sala.

—Le he dicho que se fuera...

—Me quedo —dijo ella resueltamente.

Tempton empezó a llenar de cartuchos la recámara del Winchester.

—Vienen dos tipos dispuestos a todo. Les han ordenado que me maten.

Binnie sintió un escalofrío.

—¿Por qué no avisa a la Policía, Clive?

Tempton terminó de recargar el rifle y puso una bala en la recámara.

—Estoy en mi casa, soy inocente y no he hecho daño a nadie ni cometido ningún delito. Por tanto, tengo pleno derecho a defender mi vida por todos los medios. Y si usted es sensata, saldrá corriendo de esta casa y se irá a la suya hasta que todo haya terminado.

—Clive, yo no podría irme de aquí, sabiendo que está en un gravísimo peligro. No sé manejar un arma y, además, soy enemiga de la violencia, pero le aprecio infinito y quiero estar a su lado.

Tempton sonrió.

—Tengo más armas, pero no le daré ninguna —contestó—. De todos modos, cuando empiecen los tiros, váyase a mi dormitorio; es el lugar más seguro de la casa.

Cruzó la sala y entreabrió la puerta. No se veía a nadie por el camino que conducía a la granja.

Luego fue a una de las habitaciones posteriores. De pronto, vio una figura que corría hacia el granero.

—Binnie, ya están aquí —dijo.

La muchacha corrió a reunirse con Tempton.

—¿Dónde?

Tempton señaló la cama. Ella dio un grito.

—¿Ahí debajo?

—No, mujer; sólo quería decirle que se escondiese bajo la cama —sonrió él, sin quitar la vista de la ventana.

En aquel momento, Smyne doblaba la esquina del granero. Tempton le vio hacer unas señales con la mano izquierda.

—Te he entendido, muchacho —rezongó.

Corrió hacia la cocina y sacó de su funda un cuchillo de caza, que tenía colgado de un clavo. Luego, pegado a la pared, se acercó a una de las ventanas.

Barton corrió agachado hacia la casa, con un enorme pistolón en la

mano derecha. Tempton le dejó llegar sin obstáculos. El gigantesco individuo alcanzó la veranda, saltó la barandilla y luego, agachado, se deslizó junto a la pared, a fin de ganar la puerta de entrada.

Entonces, Tempton sacó medio cuerpo y lanzó el cuchillo con todas sus fuerzas.

Se oyó un alarido desgarrador. El cuchillo se había hincado profundamente en la nalga derecha del hampón, quien rodó por tierra, debatiéndose convulsivamente. Tempton estaba seguro de que el dolor de la herida le haría olvidarse de sus propósitos.

Corrió hacia la puerta de la cocina. En el mismo instante, oyó estrépito de vidrios rotos en la parte posterior de la casa.

Luego sonaron pasos precipitados. Smyne irrumpió violentamente en la sala. Cuando quiso ver a Tempton, era ya tarde.

El rifle vomitó un sonoro trueno. Smyne lanzó un chillido, soltó la pistola, se agarró la pierna derecha con ambas manos y rodó por tierra.

Tempton se puso en pie. Miró un instante a través de la ventana. Barton estaba ahora boca abajo, todavía con el cuchillo clavado en la carne, sollozando lastimeramente, sin atreverse a arrancarse la causa de sus dolores. Tempton sonrió.

—¡Binnie!

La muchacha apareció, sacudiéndose el polvo de la cabeza con ambas manos.

—Tiene que barrer debajo de la cama —protestó.

—Lo siento, uno no puede estar en todo... ¿Quiere asomarse a la ventana?

Ella lo hizo así. Luego se volvió hacia el joven.

—¡Cielos! ¿Qué tiene ese hombre clavado en el... bueno, ahí, en ese sitio tan... tan...?

—Tan sensible, ¿verdad? Le aseguro que va a pasar unas cuantas semanas boca abajo, pero tendrá suerte, porque podría haberle clavado el cuchillo en el corazón y ni se habría enterado siquiera.

Binnie contempló estupefacta al joven. «¿De qué pasta está hecho este hombre?», se preguntó.

Smyne estaba sentado en el suelo, con el rostro deformado por el sufrimiento.

—Creo... que me ha roto el hueso... —se quejó.

—Salvarás el pellejo —contestó Tempton fríamente—. Cosa que no deseabas precisamente para mí, ¿verdad?

Smyne no contestó. Tempton se acercó al teléfono y sonrió.

—Ahora sí es el momento de llamar a la Policía —dijo, con la vista fija en el rostro de la muchacha.

Eran más de las nueve de la noche, cuando la granja, al fin, quedó despejada de policías. Los dos hampones habían sido llevados en ambulancia a un hospital, fuertemente custodiados. Tempton dio unas vagas excusas acerca de los motivos que habían tenido aquellos sujetos para asaltarle; no sentía deseos de entrar en profundas explicaciones. Mencionó antiguos resentimientos de alguien que no le quería bien, pero dijo no conocer ningún nombre sobre el cual hacer recaer la responsabilidad de lo ocurrido.

Finalmente, quedaron solos él y Binnie. Tempton tomó un bocadillo y una taza de café. Binnie dijo que se sentía incapaz de comer nada. Luego, asombrada, le vio que se disponía a salir con el rifle en las manos.

—¿Adónde va? —preguntó.

Tempton estaba ya en la puerta y se volvió sonriendo.

—Tengo que asistir a una reunión —contestó.

—¿Es necesario que vaya armado?

—Muy interesante.

—Clive, me siento muy aprensiva...

—No tema. Váyase a su casa y acuéstese. No sé la hora en que volveré; por eso no le digo que se quede a esperarme.

—Al menos, cuando regrese, puede decírmelo... Llámeme desde el exterior de mi casa y diga solamente que ha vuelto.

—Descuide, así lo haré.

Tempton abrió la puerta y se hundió en la oscuridad. Binnie le vio marchar, llena de aprensiones. Se preguntó adónde podía ir, pero no se sentía capaz de adivinarlo, ni siquiera por aproximación.

Mientras tanto, Tempton trotaba rítmicamente en la oscuridad. Al cabo de un buen rato, avistó la casa solitaria donde semanas antes se había celebrado una reunión de asesinos, de la que había derivado un sorteo mortal. La cólera inflamó su pecho unos instantes, pero logró dominarse.

Cuando llegó, eran las nueve y media. La hora de la reunión estaba fijada para la media noche, pero había querido adelantarse, a fin de estudiar el terreno.

La casa estaba a un par de millas de distancia de su granja. Cuidadosamente, dio una vuelta a su alrededor, tratando de averiguar si había alguna trampa o un sistema de alarma a cierta distancia. Cuando estuvo seguro de que podía seguir sin problemas, avanzó hacia la puerta.

Arrodillado ante el umbral, sacó una linterna y estudió el suelo. Allí no había nada... Sí, a la derecha se veía un fino cable conductor, que se

introducía en la casa por un diminuto agujero practicado en la jamba y se perdía en el interior.

Tempton decidió seguir el cable, que daba la vuelta al edificio y luego desaparecía por una ventana que daba al sótano y que estaba situada a ras del suelo. La ventana era lo suficientemente amplia para permitirle el paso.

Entró sin vacilar. Pronto descubrió un extraño artefacto, dotado de una pequeña antena, oculto en el interior de un barril vacío.

Con gran cuidado, extrajo el aparato y lo examinó durante unos momentos. Después, se puso a trabajar y no tardó mucho en concluir la tarea. El artefacto quedó en el mismo sitio.

A continuación, hizo una exploración del sótano a fondo. Pronto encontró otro cable que ascendía hasta el techo, en donde se perdía. Era un cable de estructura muy peculiar y no tardó mucho en averiguar su utilidad.

Finalmente, entró en la casa.

Capítulo IX

ESTABA sentado tranquilamente en una silla, frente a la pared en la que se veía una cortina situada a media altura, cuando, de pronto, oyó una voz sobre su cabeza:

—Veo que ha sido puntual, Tempton.

—Van a dar las doce de la noche —contestó el joven—. Pero he podido darme cuenta de que soy el único asistente a la reunión que, evidentemente, no se va a celebrar.

—La he desconvocado, pero, claro, no le dije nada a Hagen.

—Suponía que yo me haría pasar por él.

—Cierto. Pudo engañarme en el primer momento, pero no tardé mucho en ser advertido de mi error.

—Ah, le advirtieron...

—Deiner.

—No pudo utilizar el teléfono secreto.

—Deiner sólo le dio un número. Tenía otro como reserva, para casos de verdadera necesidad.

—Uno no puede estar en todo —contestó Tempton calmamente—. De modo que ha anulado la orden de reunión.

—Sí, en efecto. Esta vez, no habrá sorteo. Mejor dicho, ya lo ha habido.

—¿Y...?

—Le ha tocado a usted.

—¿Está seguro?

—Tempton, es usted un enemigo demasiado peligroso. Ni siquiera se me ocurriría intentar pedirle que se pusiera de mi parte. Resulta deprimentemente honrado...

—Es algo que no puedo remediar. Me gusta dormir tranquilamente por las noches. No podría conciliar el sueño, sabiendo que he hecho algo deshonesto. Claro que hay formas de pensar sobre el particular, y usted y yo diferimos radicalmente en este aspecto. A usted, por ejemplo, no le perturba el sueño haber ordenado la muerte de Ashland, ¿verdad?

—No, en absoluto.

—¿Lo ve? Supongo que no irá a soltarme ahora un discurso sobre la ley de la supervivencia del más fuerte, el darwinismo social y todas esas

paparruchas.

—En el fondo, es cierto, Tempton.

—Posiblemente sí, sobre todo, si se piensa que al final seré yo el más fuerte.

—Lo dudo mucho. Tempton, ¿quiere acercarse a la cortina y descorrerla?

—Con muchísimo gusto.

El joven se levantó e hizo lo que le decían. El disco del sorteo apareció ante sus ojos y su nombre figuraba en todas las casillas. No le sorprendió, porque ya lo había visto antes.

—Así que tengo todos los números en este sorteo mortal —dijo.

—Efectivamente. Bien, Tempton, la conversación ha terminado. ¡Adiós!

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Tempton oyó una blasfemia proferida a media voz.

—Es inútil —dijo—. No se moleste en apretar de nuevo el botón de contacto. No ocurrirá nada.

—¿Cómo dice? —rugió el desconocido.

—Amigo mío, no soy un tonto precisamente. Usted ordenó a Andy y a Groff que me quitasen de en medio, pero luego averiguó que yo me había hecho pasar por el segundo. No canceló la orden de asesinato, pero quiso cubrirse por si fallaban esos dos energúmenos, como así ha sucedido. Por tanto, dispuso una potente carga explosiva, conectada a un detonador que se activa por una señal de radio. Bien, he inutilizado el receptor de esa señal y, por si fuese poco, también he desactivado el explosivo. Por tanto, la casa seguirá intacta y no saltará por los aires, como usted había previsto.

Se volvió hacia la cámara, situada en un rincón, en el ángulo superior, y sacó la lengua en son de burla.

—Ha fracasado —añadió—. Y lo peor de todo no es eso, sino que voy a desenmascararle muy pronto y haré que pague la muerte de un buen amigo.

—Tempton, es usted demasiado listo, pero ya que mencionó antes la teoría del darwinismo social, veremos cuál de los dos es más fuerte; es decir, cuál será el superviviente. Adivine quién ganará la partida.

Tempton meneó la cabeza.

—Es usted incorregible —contestó—. Le encontraré, téngalo por seguro...

Pero ya no obtuvo respuesta y supo que el desconocido había cortado la comunicación.

Al cabo de unos momentos, se dio una vuelta por la casa, en la que apenas quedaban muebles. Buscaba pistas, ahora seguro de que nadie le molestaría, pero no consiguió encontrar nada, salvo un objeto que le

llenó de perplejidad en un principio.

Luego se echó a reír. Volvería en otro momento, de día, se propuso, mientras se encaminaba hacia la puerta.

Treinta minutos más tarde, se detenía al pie de la ventana del dormitorio de Binnie. Se metió dos dedos en la boca y emitió un silbido capaz de despertar a un muerto. Luego colocó en posición el objeto que había encontrado en la casa, y que era una vieja guitarra, y empezó a rasguear las cuerdas, a la vez que entonaba una vieja melodía.

Binnie asomó vivamente a la ventana.

—¡Clive! —gritó.

El joven continuó cantando. Ella rió, feliz, pero, al mismo tiempo, se tapó los oídos con las manos.

—No siga, por favor. Desafina horriblemente —criticó.

—Binnie, la intención es lo que cuenta y yo quería darle una serenata...

Ella le tiró un beso con la mano.

—Me basta con saber que está bien —dijo—. Mañana hablaremos con más detenimiento. Buenas noches, Clive.

—Buenas noches, «señorita» —se despidió él.

* * *

Vance Deiner se sentía muy furioso y bastante amedrentado. Sabía que tenía enemigos y ahora, con sus dos guardaespaldas en el hospital, estaba lleno de aprensiones y no hacía más que volver la cabeza hacia atrás, para ver si le seguía alguien sospechoso.

Por otra parte, su amor propio había sufrido también un duro golpe. No esperaba que Tempton cayera sin lucha, pero sus dos gorilas habían sido puestos fuera de combate, sin que el joven hubiera sufrido un rasguño. Deiner estaba dispuesto a vengar la ofensa.

Cuando habló con el hombre que había contratado sus servicios, expresó claramente el furor que sentía.

—Esto no lo puedo perdonar —dijo—. Tengo que vengarme.

—¿Ha ideado algún plan?

—Quizá le parezca irrespetuoso, pero los hombres que usted me encargó contratase no eran de los mejores...

—Usted me los recomendó, Deiner.

—Por el precio que estaba dispuesto a pagar, no podía indicarle otros. Pero los hay mucho mejores. Uno, sobre todo.

—¿Lo conoce usted?

—Desde luego.

—¿Cuánto?

Deiner reflexionó un instante. El asesino al que conocía era caro, muy caro, pero no se sabía que hubiese fallado jamás un «contrato».

—Diez mil —dijo.

El otro respingó.

—Diablos...

—Si quiere deshacerse de Tempton, tendrá que aflojar la «pasta», no le queda otra solución. Pero le garantizo que sus problemas se habrán terminado.

—Está bien, hoy mismo le enviaré el dinero por correo. Hable con su hombre y dígame que se ponga al trabajo cuanto antes.

—Conforme.

Deiner colgó el teléfono y se frotó las manos mentalmente. Recibiría diez mil dólares. Su «amigo» cobraría cinco mil y él ganaría otro tanto.

—Los negocios se pueden compaginar con el placer —dijo cínicamente.

El desconocido costearía el importe del placer de su venganza, lo cual pondría también muy contentos a sus dos gorilas. Así podría contar nuevamente con ellos, cuando salieran del hospital. Claro que tendrían que responder del intento de asalto a la granja, pero, a fin de cuentas, no habían herido a nadie y un buen abogado les conseguiría la libertad sin dificultades.

Así reflexionaba, mientras consultaba la agenda donde tenía unos números de teléfono, por cuyo conocimiento la Policía habría pagado una buena suma de dinero. Tecleó las cifras adecuadas en el aparato y esperó unos momentos.

Alguien contestó. Deiner dijo:

—¿Rocco? ¿Quieres ganarte cinco mil «pavos»? Soy Vance...

El otro repuso:

—Mi tarifa ha subido mil dólares.

Deiner maldijo entre dientes. «Está bien, de todos modos, me quedan cuatro mil», pensó.

—Conforme, Rocco. ¿En mi casa o en la tuya?

—Iré a verte a las doce. No quiero que mi mujer sepa nada.

—Muy bien, de acuerdo.

Deiner colgó el teléfono de nuevo. Rocco Duzino era muy especial. Nunca fallaba. Además, le gustaba matar, pero era lo suficientemente listo para preparar la operación de modo que no pudiera correr el menor riesgo. Con Duzino, resumió así sus pensamientos, el asunto Tempton podía darse por terminado.

—Kaputt —dijo entre dientes.

Lewis Hoff llenó un vaso y se lo dio a su visitante, reclinado éste en un enorme butacón de cuero legítimo. Tempton miró inquisitivamente al dueño de La Mandrágora.

Hoff era un sujeto más bien bajo, grueso, con doble papada y muy ancho de hombros, aunque, sorprendentemente, no tenía barriga, como parecía lógico en su caso. Rozaba la cincuentena y se conservaba en todo su vigor físico. Tempton se dio cuenta de que estaba ante un hombre duro y enérgico, aunque también sabía que era honesto.

—Usted ya se imagina por qué le he llamado —dijo Hoff, después de tomar un trago de su vaso.

—Sí, algo de eso me contó un amigo común —respondió el joven.

—Conocía a Ashland, aunque nuestras relaciones no fuesen demasiado intensas. Sin embargo, le apreciaba bastante. Era un hombre emprendedor, valeroso e inteligente. En menos de un año, supo crear un negocio magnífico.

—Lo sé. A él le gustaba. Mis aficiones, sin embargo, son muy distintas.

Hoff le contempló intrigado.

—¿Qué hace a un hombre como usted ser agricultor? —preguntó.

—Quizá el atavismo —sonrió Tempton—. Aunque los hombres primitivos empezaron siendo cazadores, luego derivaron hacia la agricultura, una actividad sedentaria y poco peligrosa. Tiene sus inconvenientes, malas cosechas, plagas... pero, en general, el resultado suele ser satisfactorio. Y no olvidemos que con la agricultura empezó la civilización.

—Usted es muy joven aún. Pronto se ha cansado de aventuras.

—He tenido más de las que podría desear y consideré que era más que suficiente.

—Comprendo. Bien, quieren comprarme el local. Yo no quiero vender y sospecho que alguien puede darme un disgusto.

—Sea precavido —aconsejó el joven.

—¿Sí?

—Alguien le habrá hecho formular esa oferta. Estas cosas no suelen hacerse por teléfono. ¿O sí?

—Tiene usted razón. Un abogado vino a verme. Se llama Gartnell.

—¿Le dio el nombre de su cliente?

—No, no quiso.

—Podemos intentar una cosa. Quizá no resulte, pero creo que vale la pena probar. Hable con Gartnell y diga que está dispuesto a vender, pero que no firmará un solo papel sin conocer el nombre del comprador.

—Gartnell se escudará en el secreto profesional...

—Es posible, pero usted debe insistir. Además, puede poner un cebo.

—¿Un cebo? —repitió Hoff.

—Sí. ¿Cuánto le ofrecen?

—Sesenta mil...

—Pida ochenta.

—Hombre de Dios, eso no es un cebo. Lo sería si rebajase la cifra —exclamó Hoff.

—Al contrario. Pedir más dinero significa que está dispuesto a vender. En cambio, si diese a entender que aceptaría una rebaja en el precio inicial, podrían sospechar que se trataba de una trampa.

Hoff asintió.

—Sí, creo que tiene razón —dijo.

—Para mí, es la mejor solución, aunque no garantizo su éxito. Gartnell puede insistir en callar el nombre de su cliente, pero creo que cederá cuando le vea a usted dispuesto a firmar por ochenta mil dólares. Sea como sea, merece la pena probar. Y, además, algo muy importante.

—¿Qué es, Tempton?

—Gana tiempo y al mostrarse aparentemente dispuesto a vender, protege su vida. Ashland se negó rotundamente desde el principio y ése fue su error. No le imite usted —concluyó Tempton, a la vez que se incorporaba.

Hoff sonrió.

—He acertado al llamarle a usted —manifestó—. ¿Cuándo podré verle de nuevo?

—Avíseme en el momento en que todo esté listo para la firma —se despidió el joven.

Capítulo X

TERMINÓ de teclear un párrafo y se recostó contra el respaldo de la silla, con los lentes en una mano y dos dedos de la otra en el puente de la nariz. Había cerrado los ojos y trataba de encontrar una palabra que rimase con la final del verso anterior.

De repente, notó algo extraño.

Binnie volvió a ponerse los lentes, se levantó y caminó hacia la ventana. El silencio era absoluto. ¿Por qué estaba parado el tractor en la granja vecina?

De pronto, oyó un fuerte ruido sobre su cabeza.

Alarmada, se volvió. El ruido se había producido encima de la habitación en que se encontraba.

Había alguien en el desván, dedujo de inmediato. ¿Un ladrón?

Durante un instante, sintió miedo. Luego, rehaciéndose, se dijo que la hora no era la más apropiada para robar en una casa, a pleno sol. Quizá algún trasto viejo, de los que había allá arriba, se había caído por sí solo.

Fuese como fuese, debía averiguar lo que sucedía. Pero no le gustaba sentirse inerte, de modo que agarró el atizador de la chimenea y subió al primer piso. Al fondo, había una escalera que permitía el acceso al desván.

Subió muy despacio, procurando evitar ruidos delatores. Abrió poco a poco y paseó la vista por el interior del departamento. No había nadie, pero entonces vio...

La sangre se le heló en las venas. El suelo del desván estaba cubierto de una espesa capa de polvo, sobre la que se veían con absoluta nitidez las huellas de unas pisadas.

Aquellas pisadas iban directamente de las inmediaciones de la puerta a la ventana que había al fondo. Alguien había entrado por allí...

Repentinamente, una mano surgió del otro lado de la puerta y le quitó el atizador. Antes de que pudiera chillar, oyó una voz afectuosa:

—No tema, Binnie.

—¡Clive! —chilló la joven.

Tempton se hizo visible, con la sonrisa en los labios.

—Siento haberla asustado, pero es que no quise despertarla...

Binnie tenía una mano en el pecho.

—Me ha dado un susto de muerte —confesó—. Vi esas huellas y pensé que había entrado un ladrón.

—Lo siento. Derribé una vieja estantería sin querer e hice un poco de ruido. Créame que lo lamento de veras.

Binnie se dio cuenta entonces de que el joven tenía unos potentes prismáticos colgados del cuello,

—Ha estado vigilando a alguien —adivinó.

—A alguien, no; a algo —corrigió él—. Una casa —puntualizó.

—Si tiene la bondad de explicarse...

—Con mucho gusto, pero en presencia de una taza de café, si no tiene inconveniente. Estoy aquí desde las cuatro de la madrugada.

Binnie se sintió estupefacta.

—Entró en casa y yo no lo advertí...

Tempton sonrió maliciosamente, a la vez que empujaba a la muchacha hacia la escalera.

—Soy especialista en entrar en casas ajenas, sin que se entere el dueño.

—¿También en casas donde hay señoras casadas?

—Entonces, son ellas las que me abren la puerta.

Bajaron a la cocina. Binnie puso la cafetera al fuego.

—¿Puede explicarme...?

—Localicé la casa donde tuvo la reunión de asesinos y en la que se celebró el sorteo mortal. He estado vigilando desde que amaneció, pero no he conseguido nada práctico.

—Y, ¿qué piensa hacer ahora?

—Estuve allí hace dos noches. Hoy quiero ir y explorarla durante el día, a plena luz.

—¿Espera encontrar algo?

—Sin duda alguna.

—¿Qué, Clive?

—Se lo diré más tarde, Binnie.

Ella meditó unos instantes.

—No esperaré tanto como la otra noche —dijo al cabo.

—¿Cómo?

—Esta vez iré con usted.

—Ah, claro. No quiere verse sorprendida con otra serenata, ¿verdad, «señorita»?

Binnie se echó a reír.

—La verdad, no es que su voz sea parecida al eje de una carreta falto de grasa, pero desafina horriblemente —contestó—. En cuanto a sus habilidades con la guitarra...

—Era la primera vez que tenía una en las manos. Hay que ser

comprensivo con los principiantes, mujer.

Ella meneó la cabeza.

—Clive, ¿siempre es usted así? Quiero decir, tan jovial...

—Perder el humor es lo peor que le puede suceder a una persona, aunque hay veces que no me negará que existen motivos suficientes como para darse de cabeza contra las paredes —respondió Tempton.

—Sí, es cierto —concordó Binnie—, Y me alegro que tenga usted ese carácter. Eso significa que es capaz de sobreponerse a las contrariedades, por muy duras que sean las circunstancias.

—Gracias. Así es como soy, Binnie.

Luego hubo un momento de silencio. Pasados unos segundos, ella hizo una pregunta:

—Clive, estoy segura de que va a ir muy pronto a esa casa. ¿Cuándo?

—Ahora mismo, Binnie.

Unos minutos más tarde, salían de la casa, sin darse cuenta de que había unos ojos que les observaban minuciosamente, a través de unos prismáticos y desde un lugar discreto. Rocco Duzino se preguntó adónde podía ir Tempton con aquella muchacha, pero no tardó en decidir que merecía la pena seguirles, por si se presentaba una ocasión favorable para cumplir el «contrato».

Allí, en el campo, en una zona prácticamente desierta, podía resultar muy fácil y nada comprometido, se dijo.

* * *

A la luz del día, la casa ofrecía un aspecto de vejez indiscutible, a pesar de que parecía bien conservada. El abandono, sin embargo, saltaba a la vista.

Junto a la casa, apenas a cuatro o cinco metros de distancia, había una gran alberca circular, llena de agua destinada al riego. La pared medía al menos dos metros de altura. El diámetro no bajaba de los seis u ocho metros. Pero hacía tiempo que el agua no se había renovado y ya ofrecía claras señales de descomposición. La superficie estaba llena de hojas secas y ramitas desprendidas de los árboles y hasta se veían un par de pájaros muertos.

Era un espectáculo deprimente, pero ellos no habían ido allí a quejarse de semejante foco de infección.

—Sin embargo, cuando nos vayamos, buscaré el grifo de desagüe —dijo Tempton, cuando ya se disponía a abrir la puerta—. Dentro de un par de meses llegará el verano y esto será un hervidero de mosquitos. Incluso podría provocar paludismo.

—¿Usted cree?

—Si nadie cuida de la casa, alguien tiene que hacerlo, por lo menos,

en lo que pueda afectar a mi salud —respondió el joven.

Instantes después, entraban en la sala. Todo estaba como Tempton lo había dejado días antes. Binnie se sintió pasmada de asombro cuando él le explicó lo que le había sucedido en aquel lugar.

Tempton le enseñó incluso el disco que había servido para el sorteo mortal y en el que ahora figuraba únicamente su nombre. Ella hizo una observación:

—Clive, ese hombre debe de venir por aquí de cuando en cuando. ¿Cómo es que no lo vemos, pese a la relativa proximidad con nuestras casas?

—Es fácil llegar sin ser visto. Hay pequeñas vaguadas, algunas lomas y mucho arbolado y matorral. Si se llega desde el lado opuesto a nuestras viviendas, no lo veremos jamás.

—¿Cree que encontrará algo que le permita adivinar su identidad?

—Es posible. ¿Quiere seguirme?

Tempton buscó la escalera que conducía al piso superior. La disposición de la casa era muy similar a la de Binnie y, en pocos momentos más, estuvieron en el desván.

El joven empezó a husmear por todas partes. Al cabo de unos momentos, encontró un cable de estructura inconfundible y empezó a seguirlo. El cable salía al exterior por una de las ventanas tipo buhardilla y Tempton no dudó en pasar al tejado.

Ella le siguió. El tejado, aunque inclinado, permitía moverse sin demasiadas dificultades. Binnie vio a Tempton acercarse a una chimenea, junto a la cual se veía una pequeña antena de televisión.

Tempton se acuclilló junto a la antena y la observó durante unos momentos. Luego sacó los prismáticos. Ella vio que los dirigía hacia un edificio situado a unas cuatro millas y que, debido a la distancia, parecía muy pequeño.

Al cabo de unos momentos, Tempton sonrió y bajó los prismáticos.

—Lo he localizado —dijo.

—¿Sí?

La mano del joven señaló a la antena, prácticamente oculta por la chimenea, de estructura de ladrillo y bastante gruesa.

—Una antena de televisión debe estar orientada correctamente, si se desean recibir las imágenes y el sonido con la debida nitidez —contestó.

—Entonces, usted ya sabe quién...

—Sí, y lo peor del caso es que no he sabido darme cuenta antes. A veces, uno tiene la solución delante de las narices, pero no la sabe ver, de tan sencilla que es. Como suele decirse, «los árboles no dejan ver el bosque».

—Clive, me siento muerta de curiosidad. ¿No puede decirme...?

Repentinamente, una voz resonó con poderosos trémolos en el

interior de la casa. Llegaba al tejado con un volumen notablemente disminuido, pero, aun así, se entendían perfectamente todas las palabras que pronunciaba el desconocido:

—Sabía que vendría durante el día, Tempton. Estaba aguardándole.

Binnie se quedó atónita.

—¡Dios mío! ¿De dónde sale esa voz? —exclamó.

—Llega desde abajo —respondió él—. No quise tocar ninguno de los mecanismos de transmisión de imagen y de sonido, y me limité a desconectar las cargas explosivas.

Duzino estaba abajo y no se sintió menos sorprendido al escuchar aquel vozarrón que brotaba de unos altoparlantes que no podía ver. Había llegado momentos antes y ya tenía la pistola en la mano.

El hombre a quien le habían encargado eliminar, estaba en el tejado. Tenía que regresar por la escalera que conducía al primer piso y él se había situado en un lugar donde no podía ser visto hasta el último instante. En realidad, ni siquiera le vería, porque dispararía por la espalda. En cuanto a la chica... Un buen golpe la privaría del sentido y tampoco tendría tiempo de verle. Cuando era preciso, actuaba con relampagueante rapidez. Era una de las bases de sus «éxitos».

—De modo que estaba aguardándome —dijo Tempton entre dientes, arriba, en el tejado.

El desconocido pareció oírle:

—He aprendido a conocerle bastante bien; por eso sabía que vendría a la casa durante el día. Por tanto, me he prevenido para eliminar definitivamente la molestia que supone usted para mis planes. Cuando ordené quitar de en medio a Ashland, no me imaginé que éste tuviera un amigo san tenaz...

Tempton ya no escuchaba. Había oído algunas de las frases del desconocido y trataba de adivinar su significado. Y, de pronto, encontró la solución.

—Venga, Binnie —gritó, a la vez que tiraba de la mano de la muchacha—. ¡Corra, o no saldremos de aquí con vida!

Su mente había funcionado a toda velocidad y sabía que escapar por el mismo camino era tanto como meterse en las fauces de la fiera que dormitaba abajo, en el sótano. Había una solución, arriesgada y quizá no suficiente, pero era la única probabilidad que tenían de salvar la vida.

En unos instantes alcanzaron el borde del tejado. Tempton agarró a la joven por la cintura y luego se lanzó al vacío con ella.

Binnie gritó al verse volar por los aires. Pero casi enseguida, cayeron en la alberca, provocando un enorme surtidor de agua sucia y estancada, que olía espantosamente.

Y, en el mismo momento, se produjo la explosión.

Duzino no comprendía el significado de aquellas palabras. De pronto,

vio que el suelo se abría bajo sus pies y que de allí brotaba un colosal chorro de llamas.

Era curioso, pensó, durante la fracción de segundo que tardó en darse cuenta de lo que había pasado en realidad. La explosión no había hecho el menor ruido. Sintió que ascendía vertiginosamente hacia las alturas, pero no advirtió que había sido despedazado. Su cerebro había sido respetado por la explosión, pero la pérdida de la consciencia sobrevino antes de que terminara el mortífero vuelo.

En la alberca, Tempton trataba de proteger a la muchacha con los brazos. Por todas partes caían restos de la casa, que había volado literalmente en pedazos. El humo lo invadía todo y, en algunos lugares, las maderas, viejas y resacas, empezaban a arder.

Luego, poco a poco, volvió la tranquilidad y asomaron fuera del agua. Tempton miró a la muchacha, con los cabellos pegados a la cara y con un par de hojas muertas sobre la cabeza, y se echó a reír.

—Tienes un aspecto desastroso —comentó.

—Clive, en mi vida he pasado tanto miedo —confesó ella.

—Había motivos, me parece.

—Sí, es cierto. Bien, ¿salimos?

Tempton fue el primero en saltar fuera y ayudó a la muchacha a abandonar el providencial refugio que les había salvado la vida. Luego contemplaron las ruinas de la casa.

—Ese hombre no tiene conciencia —dijo Binnie, muy enojada.

—Para algunos tipos, esa palabra no existe en el diccionario —respondió él—. Binnie, vinimos a esta casa para examinarla y ver si nos convenía comprarla. Eso es lo que tienes que contestar cuando te interroga la Policía, ¿entendido?

—Sí, Clive. Y ahora que sabes quién es «él», ¿qué piensas hacer?

Los ojos del joven contemplaron ceñudamente las columnas de humo que se elevaban de la casa destruida por la explosión.

—Hoy mismo pienso tener una conversación con ese tipo. Será la última, claro.

—Clive, no hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte —rogó la muchacha aprensivamente.

Tempton agarró su brazo y echó a andar.

—No tendrás que reprocharme nada —aseguró.

Capítulo XI

LOS policías se marcharon, satisfechos con las explicaciones que habían recibido. Sin embargo, Tempton se sintió muy sorprendido al saber que había aparecido un cadáver entre los escombros de la casa. Aquello tendría una explicación, supuso, pero, por el momento, no le interesaba.

Como medida de precaución, se echó al bolsillo la pistolita de dos cañones que había arrebatado a Deiner. Binnie había querido acompañarle, pero él se había negado rotundamente.

—Si es preciso, te ataré de pies y manos —le había dicho, y ella ya no había vuelto a insistir.

Cuando se disponía a salir, sonó el teléfono.

—Tempton —dijo.

—Hola, Clive. Soy Artie.

—¿Algo nuevo?

—Sí. Confirmados los rumores sobre los amoríos de Rosemary. También sé el nombre del fulano. Pero no hay para alarmarse; fue sólo un devaneo que duró muy poco, menos de un mes.

—Oh, la esposa aburrida de un marido sumergido en su trabajo o algo por el estilo, ¿verdad?

—En cierto modo, así tuvo que ser. Sin embargo, yo sospecho que lo que el otro quería era conquistarla para conseguir el Club 77 en mejores condiciones. Ella no es tonta y, a fin de cuentas, amaba a Bill y se percató de que lo que estaba haciendo podía acabar en un desastre, por lo que muy pronto cortó por lo sano.

—Entonces, debemos suponer que el asalto de los dos tipos que querían obligarla a firmar los documentos de venta no era una comedia, como llegamos a pensar.

—No, no era comedia, Clive.

—Gracias, Artie. Bien, vamos a ver si se levanta el telón para el último acto de la función.

—¿Piensas ir a verle?

—Ahora mismo.

—Ten cuidado, Clive. Por cierto, he oído decir que un tal Duzino había sido contratado para eliminarte...

Tempton pensó inmediatamente en el destrozado cuerpo hallado

entre las ruinas de la casa. Se había encontrado también una pistola con silenciador y entonces comprendió los motivos de la presencia de aquel sujeto en la casa.

—No te preocupes, Artie —contestó alegremente—. Duzino ha recibido una dosis de su propia medicina.

—¿Cómo ha sido? —se sorprendió Seands—. Dicen que es el mejor...

—«Era» el mejor, pero ya te enterarás por los periódicos. Ahora, dispénsame; tengo prisa.

—Suerte, Clive.

—Modestia aparte, ya no me hace falta —contestó Tempton orgullosamente.

* * *

—Sí, le recuerdo —dijo Kipple, a la vez que tendía su mano hacia el visitante—. ¿Han surgido nuevas pistas en el caso Ashland?

—Una, muy concreta —respondió Tempton, sin hacer caso de la mano que se le ofrecía—. Oiga, trabaja usted hasta muy tarde...

—No puedo descuidar el negocio —manifestó Kipple—. Pero, dígame, ¿en qué puedo servirle?

Tempton lanzó una mirada hacia la ventana. Aunque ya se hacía de noche, podía divisar todavía buena parte del panorama y, desde aquel lugar, estaba viendo parajes que le resultaban harto conocidos.

—Señor Kipple, estamos en su factoría, donde se elaboran instrumentos y herramientas de precisión —dijo al cabo.

—Así es, y me siento orgulloso...

—Creo que tiene el título de ingeniero.

—Me gradué hace quince años, si es que eso le interesa. Pero ¿a qué viene...?

Tempton no contestó. Estaba en el despacho desde donde Kipple dirigía la fábrica y había dos puertas más, aparte de la entrada. Se acercó a una de ellas y vio que daba a un lavabo particular.

La otra estaba cerrada con llave. Kipple se irritó.

—Su comportamiento me desagrada —dijo—. ¿Por qué no habla de una vez?

Tempton guardó silencio unos instantes. De pronto, levantó el pie y golpeó la puerta con fuerza.

La cerradura saltó estridentemente y la puerta se abrió por completo. Tempton se asomó un poco y, sonriendo, vio algunos aparatos, que confirmaban sus sospechas.

Había una pantalla de televisión, micrófonos, aparatos de control y había un telescopio, que apuntaba exactamente hacia la casa que había

volado aquella mañana, según pudo comprobar instantes más tarde. Al cabo de unos momentos, se volvió hacia Kipple.

El sujeto le apuntaba con un revólver.

—Lo ha adivinado —dijo entre dientes.

—Debí haberlo adivinado mucho tiempo atrás. En nuestra primera y única entrevista, usted pronunció una frase en la cual yo no reparé entonces. Pero esa frase lo decía todo.

Kipple alzó las cejas.

—¿Dije algo comprometedor?

—Sí. Usted intentó comprar el Club 77 y hasta trató de conquistar a la señora Ashland, con la cual mantuvo un apasionado romance que, sin embargo, duró muy poco tiempo. Luego se retiró, aparentemente, cuando recibió una negativa a sus propuestas. Si Ashland no quería vender, ¿para qué seguir insistiendo?

—Así fue...

—Sólo en apariencia —dijo Tempton fríamente—. Porque, en realidad, usted quería conseguir todos los negocios similares. Pero inició su plan con mal pie, porque, dejando de lado la absurda teatralidad del sorteo, destinada a impresionar a unos pistoleros medio tontos, empezó haciendo matar a Bill Ashland y cometió el mayor error de su vida.

—Es cierto. No conté con usted, pero es porque no le conocía...

—Ha llegado a conocerme, ¿verdad?

—Demasiado —gruñó Kipple—, Ha sido usted mi pesadilla; me ha desbaratado todos mis proyectos y no voy a permitirle que se salga con la suya.

—¿Me va a matar aquí?

—Diré que le sorprendí robando. Estamos solos en la factoría. Pondré algún dinero en sus bolsillos, revolveré los muebles, tiraré papeles por el suelo...

—Sí, el escenario puede impresionar a los policías que acudan —admitió Tempton—, Oiga —dijo de pronto—, ¿nos vio cuando estábamos en el tejado?

—Perfectamente. Ya se lo dije entonces; sospechaba que volvería por la casa y conecté de nuevo la carga explosiva. Lo que no me explico es cómo consiguieron salvarse.

—Hay un tanque para riego, que contiene algunos cientos de metros cúbicos de agua. Saltamos desde el tejado y el agua nos protegió de la explosión.

—Tipo con suerte —sonrió Kipple—. Pero eso se le ha acabado ya... Aunque sí agradecería mucho me repitiera la frase imprudente que pronuncié cuando nos conocimos por primera vez.

—Es verdad, lo había olvidado. Sin embargo, me gustaría saber una cosa. Más o menos, todo lo que sucedía era a través de Deiner, su

intermediario. Pero ¿quién mató a Katzen?

—El mismo Deiner. Se dio cuenta de que Katzen podía comprometerlos y...

—No, no... No fue Deiner, porque no estaba entonces en la ciudad. Tuvo que ser usted, aunque eso no se le podrá demostrar tan fácilmente. Pero, a fin de cuentas, es un detalle de poca monta. Katzen era un sujeto de un pésimo historial y su fin resultó enteramente lógico.

—La frase, Tempton, la frase —pidió Kipple nerviosamente—. Es hora de acabar ya y no puedo matarle sin saber cuál fue mi error.

—Usted, el hombre serio, digno, amante esposo y padre de familia, miembro de varias sociedades de prestigio, propietario de una empresa de excelente reputación... ¿cómo podía ser el mismo que pretendía convertirse en el dueño de todos los locales de diversión? ¿Cómo podía imaginarse uno que fuese capaz de contratar asesinos para que matasen al que le estorbaba o se negase a plegarse a sus deseos? Se escudaba en su prestigio personal, pero, a fin de cuentas, es infinitamente peor que los que mataban por dinero. Sí, Kipple, repetiré la frase que pronunció imprudentemente. Dijo exactamente esto: «Pero Ashland murió porque no quería vender el local.» ¿Lo comprende ahora?

Kipple asintió.

—Sí. Yo no tenía por qué saber una cosa semejante, a no ser que estuviese directamente implicado en el caso —admitió.

—Usted había querido comprar el Club 77 y desistió con aparente elegancia y sin mostrar públicamente su resentimiento. Pero no tenía por qué saber que había otras personas interesadas en comprar el local y capaces de matar, si recibían una negativa... a menos que fuese usted mismo.

—Bien, ya está todo claro. Y ahora...

—¡Será mejor que suelte el arma, Kipple! —sonó de pronto una voz enérgica.

Kipple se sobresaltó y se volvió hacia la puerta, en la que acababan de aparecer algunos hombres, dos o tres de los cuales vestían de uniforme. El sobresalto hizo que apretase el gatillo del arma.

Un policía gritó y se llevó la mano al hombro. Sonaron dos disparos más.

Kipple se tambaleó y soltó el arma. Cuando caía, miró al joven.

Tempton se mantenía impasible. Kipple se sentó en el suelo, jadeando penosamente, con la boca ya manchada de rojo. Tempton sacó algo de su bolsillo y se lo enseñó.

—He grabado la conversación —dijo escuetamente.

Kipple no habló. Estuvo así un instante y luego se tendió de costado en el suelo. Ya no se movió más.

—Fue el bribón de Artie —dijo Tempton a la mañana siguiente, ante el plato de huevos con tocino que le había preparado Binnie—. Es un buen amigo y no quiso que me sucediera nada.

—Habrá que darle las gracias —manifestó ella—. ¿Todo ha terminado ya, Clive?

—Oh, no, en absoluto. Ya puedes ir tapándote los oídos con algodón; en cuanto termine de desayunar, pondré en marcha el tractor...

—Eres un sádico —le apostrofó ella cariñosamente—. ¿No podías hacer como los hombres del siglo pasado, comprar un par de mulas y un arado viejo?

—Hay que ponerse a tono con los tiempos, encanto. Además, necesito recuperar todo el tiempo perdido.

—Clive, supongo que no volverás a meterte en más líos.

Tempton guardó silencio unos, instantes. Luego dijo:

—No matan a un buen amigo todos los días, Binnie.

—Eso es cierto —concordó ella.

Callaron otra vez. Al cabo de un momento, Tempton se puso en pie.

—Binnie, ¿tienes noticias de Nueva York?

—No, Clive.

—Ten un poco de paciencia. Mi amigo te atenderá con toda amabilidad. Y piensa que si tus poesías no valen lo suficiente para ser publicadas, el mundo no se acaba con la negativa de un editor.

—¿Tú crees?

—En tu lugar, yo empezaría a pensar que el mundo empieza ahora.

—A ver, explícame...

Tempton sonrió maliciosamente.

—Te has peinado de otra forma y ya cuidas más el cabello, que, sinceramente, parecía de rata anémica. Ya no llevas lentes y hasta te arreglas mejor la ropa. Eso significa que empiezas a bajar de las nubes.

—Tienes razón —admitió Binnie—, El aspecto personal siempre es importante. Y en verdad, creo que el mundo empieza ahora para mí.

—Tenemos que hablar mucho de un mundo que va a ser para nosotros dos —dijo Tempton—, Pero ahora hay que volver al trabajo, no queda otro remedio.

—Espera un momento.

Tempton se detuvo en el umbral de la puerta. Binnie se le acercó y le miró sonriendo.

—Clive, dime cómo debe empezar nuestro mundo —pidió.

El joven asintió. Luego se inclinó y la abrazó para besarla.

—Así, de esta forma —contestó.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA



el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

¡No se pierda AHORA la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**